

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft



CLÁSICO^s del
FEMINISMO
CÁTEDRA

CAPÍTULO III

Continúa el mismo tema

La fuerza corporal que distinguía a los héroes se encuentra tan sumida en un desprecio inmerecido, que los hombres, y también las mujeres, parecen considerarla innecesaria; las últimas porque obtienen la fuente de su poder indebido de las gracias femeninas y de la debilidad amable, y los primeros, porque parece opuesta al carácter de un caballero.

Sería fácil probar que cada uno de ellos ha partido de un extremo y ha llegado al contrario, pero primero resultaría conveniente observar que el grado de credibilidad obtenido por un error habitual ha dado fuerza a una conclusión falsa, en la que se ha confundido un efecto con una causa.

Es frecuente que la gente de genio haya perjudicado su constitución por el estudio o por no preocuparse de su salud y se ha hecho casi proverbial que la violencia de sus pasiones da la medida del vigor de sus intelectos, como la espada que destruye su vaina. De ello los observadores superficiales han concluido que los hombres de genio han sido por lo común débiles o, por usar una frase más de moda, han tenido constituciones delicadas. Sin embargo, creo que el hecho parece ser lo contrario, pues tras una investigación diligente, he descubierto que, en la mayoría de los casos, la fortaleza mental se ha acompañado de una fuerza corporal superior, una sólida constitución, pero no ese tono robusto de nervios y músculos vigorosos que se alcanza con el trabajo corporal cuando la mente está inactiva o solo dirige las manos.

El doctor Priestley ha señalado en el prefacio de su esquema biográfico que la mayoría de los grandes hombres han vivido más de cuarenta y cinco años¹³⁶. Deben haber contado con una estructura de hierro, si consideramos el modo irreflexivo en que han derrochado su fuerza cuando investigaban su disciplina favorita, que han gastado la lámpara de la vida, descuidando la

medianoche; o cuando, perdidos en sueños poéticos, la imaginación ha poblado la escena y el alma se ha perturbado hasta debilitar la constitución por las pasiones que ha hecho surgir la meditación, cuyos objetos, construcción sin base de una visión, se desvanecen ante la mirada exhausta. Shakespeare nunca sujetó la daga ligera con mano débil, ni Milton tembló cuando condujo a Satán lejos de los confines de su triste prisión. No eran los desvaríos de la imbecilidad, las efusiones enfermas de mentes perturbadas, sino la exuberancia de la imaginación, que en su divagación de «hermoso frenesí» no recordaba constantemente sus grilletes materiales.

Me doy cuenta de que este argumento me llevaría más allá de donde parece que quiero llegar; pero persigo la verdad, y aunque sigo sosteniendo mi primera posición, reconoceré que la fortaleza corporal parece otorgar al hombre una superioridad natural sobre la mujer; y esta es la única base sólida sobre la que puede fundamentarse la superioridad del sexo. Pero sigo insistiendo en que no solo la virtud, sino el *conocimiento* de los dos sexos, deben tener la misma naturaleza, si no alcanzan el mismo grado, y las mujeres, consideradas no solo criaturas morales, sino también racionales, deben tratar de adquirir las virtudes humanas (o perfecciones) por los *mismos* medios que los hombres, en lugar de ser educadas como una especie de fantásticos *seres a medias*, una de las extravagantes quimeras de Rousseau¹³⁷.

Pero si la fuerza corporal es con cierta razón la vanagloria de los hombres, ¿por qué las mujeres son tan engreídas como para sentirse orgullosas de un defecto? Rousseau les ha proporcionado una excusa verosímil, que solo se le podía haber ocurrido a un hombre cuya imaginación ha corrido libre y pule las impresiones producidas por unos sentidos exquisitos, que ciertamente tendrían un pretexto para rendirse al apetito natural sin violar una especie de modestia romántica que satisface el orgullo y el libertinaje del hombre.

Las mujeres, engañadas por esos sentimientos, a veces se vanaglorian de su debilidad, obteniendo con astucia poder al representar la *debilidad* de los hombres; y pueden gloriarse bien de su dominio ilícito porque, como los bajás turcos, tienen más poder real que sus señores; pero la virtud se

sacrifica a las satisfacciones temporales y la vida respetable al triunfo de una hora.

Las mujeres, como los déspotas, quizá no tengan más poder que el que obtendrían si el mundo, dividido y subdividido en reinos y familias, estuviera gobernado por leyes deducidas del ejercicio de la razón; pero, para seguir la comparación, en su obtención se degrada su carácter y se esparce la licencia por todo el conjunto de la sociedad. La mayoría se convierte en la peana de unos cuantos. Así pues, me aventuraré a afirmar que hasta que no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento recibirán frenos continuos. Y si se concede que la mujer no fue creada simplemente para satisfacer el apetito del hombre o para ser la sirviente más elevada, que le proporciona sus comidas y atiende su ropa, se seguiría que el primer cuidado de las madres o padres que se ocupan realmente de la educación de las mujeres debería ser, si no fortalecer el cuerpo, al menos no destruir su constitución por nociones erróneas sobre la belleza y la excelencia femenina; y no debería permitirse nunca a las jóvenes asimilar la noción perniciosa de que un defecto puede, por cierto proceso químico de razonamiento, convertirse en una excelencia. A este respecto, me siento feliz de descubrir que el autor de uno de los libros más instructivos que se han producido en nuestro país para niños coincide con mi opinión. Citaré sus comentarios pertinentes para dar la fuerza de su autoridad respetable a la razón¹³⁸.

Pero si se prueba que la mujer es por naturaleza más débil que el hombre, ¿de dónde se sigue que es natural que se esfuerce para hacerse aún más débil de lo que es? Los argumentos de este tipo son un insulto al sentido común y huelen a pasión. Cabe esperar, en este siglo de las luces, que el *derecho divino* de los maridos, como el derecho divino de los reyes, puede y debe contestarse sin peligro; y aunque la condena no silencie a muchos disputadores turbulentos, no obstante, cuando se ataca algún prejuicio prevaleciente, los inteligentes lo tendrán en cuenta y dejarán a los de mente estrecha que protesten con vehemencia irracional contra la innovación.

La madre que quiere dar dignidad verdadera al carácter de su hija debe proceder, sin hacer caso de las burlas de la ignorancia, con un plan opuesto diametralmente al que recomienda Rousseau con todo el encanto engañoso de la elocuencia y la sofistería filosófica, porque su elocuencia hace verosímiles absurdos y sus conclusiones dogmáticas confunden sin convencer a los que no tienen capacidad para rebatirlas.

A lo largo del conjunto del reino animal, toda criatura joven requiere un ejercicio casi continuo, y de acuerdo con esta indicación, la infancia de los niños debe pasarse en retozos inocuos que ejerciten pies y manos, sin requerir a cada minuto la dirección de la cabeza o la atención constante de una niñera. De hecho, el cuidado necesario para la autoconservación es el primer ejercicio natural para el entendimiento, mientras que las pequeñas invenciones para entretenerte un rato desarrollan la imaginación. Pero estos sabios designios de la naturaleza se contrarían por una inclinación equivocada o un celo ciego. No se deja al niño un momento a su propia dirección —en particular si es una niña— y de este modo se lo hace dependiente. Se llama natural la dependencia.

Para conservar la belleza personal —gloria de la mujer— se oprimen miembros y facultades con algo peor que las vendas chinas, y la vida sedentaria que se les condena a vivir, mientras los niños retozan al aire libre, debilita los músculos y relaja los nervios. En cuanto a los comentarios de Rousseau, de los que se han hecho eco muchos escritores desde entonces, sobre la inclinación natural, es decir, desde el nacimiento e independiente de la educación, que tienen por las muñecas, los trajes y la conversación, son tan pueriles que no merecen una refutación seria. Es, por supuesto, muy natural que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas, escuchando la boba charla de niñas débiles o asistiendo al arreglo de su madre, trate de unirse a la conversación; y que imite a su madre o sus tíos y se entreteenga adornando a su muñeca sin vida lo mismo que hacen con ella, pobre niña inocente, es sin duda la consecuencia más natural. Porque los hombres de mejores facultades rara vez han tenido la fuerza suficiente para sobresalir de la atmósfera circundante; y si las páginas de genio siempre han resultado borrosas por los prejuicios de la

época, se debe conceder cierta indulgencia a un sexo que, como los reyes, siempre ve las cosas a través de un falso intermediario.

Sería muy fácil explicar la inclinación por los trajes, evidente en las mujeres, con estas reflexiones, sin suponer que es el resultado del deseo de agradar al sexo del que dependen. Resumiendo, resulta tan poco filosófico el disparate de suponer que una niña es una coqueta natural y que debe aparecer un deseo conectado con el impulso de la naturaleza para propagar la especie incluso antes de que una educación inapropiada, al calentar la imaginación, lo haya provocado prematuramente, que un observador tan sagaz como Rousseau no debería haberlo adoptado, si no hubiera estado acostumbrado a hacer que la razón ceda el camino a su deseo de singularidad y la verdad a una paradoja de su gusto.

Además, dar un sexo a la mente no era un argumento muy consecuente con los principios de un hombre que sostenía con tanto ardor y tan bien la inmortalidad del alma. Pero la verdad es una barrera muy débil cuando se alza en el camino de una hipótesis. Rousseau respetaba, casi adoraba, a la virtud y aun así se permitió amar con inclinación sensual. Su imaginación preparaba sin cesar combustible que quemar para sus sentidos inflamables; pero, para reconciliar su respeto por la abnegación, la fortaleza y aquellas virtudes heroicas que una mente como la suya podría tranquilamente no admirar, se esforzó en inventar la ley de la naturaleza y publicó una doctrina cargada de daño y que menospreciaba el carácter de la sabiduría suprema.

Sus historias ridículas que tienden a probar que las niñas se preocupan de sus personas *por naturaleza*, sin dar ninguna importancia al ejemplo diario, están por debajo del desprecio. Y que una pequeña señorita tenga un gusto tan correcto como para desechar la distracción placentera de hacer «oes» simplemente porque percibió que su postura era poco atractiva debe seleccionarse con las anécdotas del cerdito sabio ¹³⁹.

Probablemente yo he tenido la oportunidad de observar más niñas en su infancia que J.-J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos y he observado a mi alrededor con detenimiento. Sin embargo, lejos de coincidir con su opinión respecto a los primeros albores del carácter femenino, me aventuraré a afirmar que una niña a quien no se le haya apagado el espíritu por la inactividad o se le haya teñido la inocencia con la falsa vergüenza

siempre será traviesa y que no le atraerán la atención las muñecas, a menos que el encierro no le permita otra alternativa. En pocas palabras, los niños y las niñas jugarían juntos sin peligro, si no se inculcara la distinción de sexos mucho antes de que la naturaleza haga alguna diferencia. Iré todavía más lejos y afirmaré como hecho indiscutible que a la mayoría de las mujeres del círculo que he observado que han actuado como criaturas racionales o han mostrado algún vigor intelectual se les ha permitido de forma accidental correr salvajes, como insinuarían algunos de los elegantes educadores del bello sexo.

Las funestas consecuencias originadas por la falta de atención a la salud durante la infancia y la juventud se extienden más de lo que imaginaba: la dependencia del cuerpo produce de forma natural la dependencia mental; ¿y cómo puede ser una buena esposa o madre quien emplea la mayor parte de su tiempo en guardarse de la enfermedad o padecerla? Tampoco puede esperarse que una mujer intente con resolución fortalecer su constitución y se abstenga de caprichos que debilitan, si desde muy pronto las nociones artificiales de belleza y las descripciones falsas de la sensibilidad aparecen mezcladas con sus motivos de acción. La mayoría de los hombres tienen que soportar a veces inconveniencias corporales y aguantar, de forma ocasional, las inclemencias de los elementos; pero las mujeres elegantes son, literalmente hablando, esclavas de sus cuerpos y se glorían de su sujeción.

Una vez conocí a una débil mujer de buen tono que se enorgullecía más de lo común por su delicadeza y sensibilidad. Pensaba que la cumbre de toda perfección humana eran un gusto distinguido y poco apetito, y actuaba en consecuencia. He visto a este ser débil y sofisticado descuidar todas las obligaciones de la vida, reclinarse con autocomplacencia en un sofá y vanagloriarse de los caprichos de su apetito como una prueba de delicadeza que ampliaba su sensibilidad exquisita, o quizás surgía de ella, porque es difícil hacer inteligible una jerga tan ridícula. No obstante, al momento, la he visto insultar a una respetable dama anciana, cuyo infortunio inesperado la había hecho depender de su liberalidad ostentosa y quien, en días mejores, tenía derecho a su gratitud. ¿Es posible que una criatura humana se pudiera haber convertido en un ser tan débil y depravado si, como los

sibaritas disueltos en lujo, no hubiera consumido cualquier cosa que pareciera virtud o se hubiera inculcado esta como precepto, pobre sustituto, es cierto, del cultivo de la mente, aunque útil como barrera contra el vicio?

Una mujer tal no es un monstruo más irracional que algunos emperadores romanos, a quienes hizo depravados el poder sin ley. No obstante, como los reyes han estado más sujetos por la ley y el freno, aunque débil, del honor, los anales de la historia no están llenos de ejemplos tan innaturales de locura y crueldad, ni tampoco el despotismo, que mata el germe de la virtud y el genio, se cierne sobre Europa con ese estallido destructivo que desola Turquía y no deja que den frutos los hombres ni la tierra.

Las mujeres se encuentran por doquier en ese estado deplorable, porque, para preservar su inocencia, como se llama cortésmente a la ignorancia, se les esconde la verdad y se les hace asumir un carácter artificial antes de que sus facultades hayan adquirido fuerza. Como desde la infancia se les enseña que la belleza es el cetro de la mujer, la mente se adapta al cuerpo y, vagando por su jaula dorada, solo busca adorar su prisión. Los hombres cuentan con varias ocupaciones y objetivos que centran su atención y dan carácter a la mente abierta; pero las mujeres, limitadas a una y con sus pensamientos dirigidos constantemente a la parte más insignificante de sí mismas, rara vez amplían sus consideraciones más allá del triunfo de una hora. Pero si su entendimiento se emancipara de una vez de la esclavitud a la que las han sujetado el orgullo y la sensualidad del hombre y su deseo miope de dominio, semejante al de los tiranos, probablemente leeríamos acerca de su debilidad con sorpresa. Se me debe permitir seguir con el argumento un poco más.

Quizá, si se admitiera la existencia de un ser malo que, en el lenguaje alegórico de las Escrituras, vagara buscando a quien devorar, no podría degradar de modo más efectivo el carácter humano que dando al hombre poder absoluto.

Este argumento tiene varias ramificaciones. Cuna, riquezas y toda ventaja extrínseca que exalta a un hombre sobre sus semejantes, sin empleo alguno de la mente, en realidad le hunden por debajo de ellos. Cumple con su función mediante hombres designados para ello, en proporción a su

debilidad, hasta que el monstruo hinchado pierde toda traza de humanidad. Y resulta un despropósito, que solo el deseo del disfrute presente y una mente estrecha puede resolver, el que las tribus de hombres, como rebaños de ovejas, sigan callados a semejante caudillo. Educados en la dependencia servil y debilitados por el lujo y la pereza, ¿dónde encontraremos hombres que se adelanten para afirmar los derechos del hombre o reclamen el privilegio de los seres morales, que es el único camino para la excelencia? Todavía no se ha abolido la esclavitud a los monarcas y ministros, de los que el mundo tardará en liberarse y cuyo dominio implacable detiene el progreso de la mente humana.

Luego no dejemos a los hombres en el orgullo de su poder usar los mismos argumentos de reyes tiránicos y ministros venales y afirmar con falacia que la mujer debe someterse porque siempre ha sido así. Pero que desprecie a la mujer cuando el hombre, gobernado por leyes razonables, disfrute de su libertad natural, si esta no la comparte con él; y hasta que llegue ese periodo glorioso, que no descuide su propia insensatez al extenderse sobre la del otro sexo.

Es cierto que las mujeres, al obtener poder por medios injustos, mediante la práctica o el aliento del vicio, pierden el rango que la razón les asignaría y se convierten en esclavas abyertas o en tiranas caprichosas. Pierden toda sencillez, toda dignidad mental para adquirir poder y actúan como los hombres cuando han sido exaltados por los mismos medios.

Es tiempo de efectuar una revolución en los modales de las mujeres, tiempo de devolverles su dignidad perdida y hacerlas trabajar, como parte de la especie humana, para reformar el mundo, mediante su propio cambio. Es tiempo de separar la moral inmutable de los modales locales. Si los hombres son semidioses, sirvámosles. Y si la dignidad del alma femenina es tan discutible como la de los animales —si su razón no aporta la luz suficiente para dirigir su conducta cuando se les niega el instinto infalible —, son seguramente las más miserables de todas las criaturas y, doblegadas bajo la mano férrea del destino, deben conformarse con ser un *bello defecto* de la creación. Pero el casuista más sutil se desconcertaría al intentar justificar los caminos de la Providencia respecto a ellas, al tratar de señalar

certas razones incontestables para hacer a una cantidad tan grande de la humanidad responsable y no responsable.

El único fundamento sólido para la moralidad parece ser el carácter del Ser Supremo, la armonía que surge del equilibrio de atributos —y, para hablar con propiedad, un atributo parece implicar la *necesidad* de otro. Debe ser justo porque es sabio; debe ser bueno porque es omnípotente. Porque exaltar un atributo a expensas de otro igualmente noble y necesario lleva la marca de la sesgada razón del hombre —el homenaje de la pasión. El hombre, acostumbrado a doblegarse ante el poder en su estado salvaje, rara vez puede despojarse de este prejuicio bárbaro, incluso cuando la civilización determina cuánto más superior es la fortaleza mental que la corporal; y su razón se nubla con estas opiniones groseras incluso cuando piensa en la deidad. Se hace que su omnipotencia se trague los otros atributos o los presida y los mortales que piensan que su poder debe regularse por su sabiduría parecen limitarlo de forma irreverente.

Rechazo esa humildad engañosa que, tras investigar la naturaleza, se para en el Autor. El Altísimo que vive en la eternidad posee sin duda muchos atributos de los que no podemos formarnos un concepto; pero la razón me dice que no pueden chocar con los que adoro, y estoy obligada a escuchar su voz.

Parece natural para el hombre buscar la excelencia, ya sea descubriendola en el objeto que adora o invistiéndolo ciegamente de perfección, como si fuera una prenda de vestir. Pero, ¿qué buen efecto puede tener el último modo de adoración en la conducta moral de un ser racional? Se doblega al poder; adora una sombra oscura que le puede abrir brillantes perspectivas o estallar en cólera y furia sin ley sobre su cabeza devota, sin que sepa por qué. Y suponiendo que la deidad actúe según el vago impulso de una voluntad indirecta, el hombre también debe seguir la suya propia o actuar de acuerdo con las leyes, deducidas de principios que rechaza por irreverentes. En este dilema han caído tanto los pensadores fanáticos como los más fríos cuando se esforzaban por liberar a los hombres de los límites prudentes que impone una justa concepción del carácter de Dios.

Así, no resulta impío examinar los atributos del Todopoderoso; de hecho, ¿quién puede evitar ejercitar sus facultades en ello? Porque amar a Dios como fundamento de la sabiduría, la bondad y el poder parece ser la única adoración beneficiosa para un ser que quiere adquirir virtud o conocimiento. Un afecto ciego e inestable puede, como las pasiones humanas, ocupar la mente y caldear el corazón, mientras que, para hacer justicia, se olvida amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Seguiré más con este tema cuando considere la religión a una luz contraria a la recomendada por el doctor Gregory, que la trata como asunto de sentimiento o gusto.

Volvamos de esta aparente digresión. Sería de desear que las mujeres abrigaran un afecto por sus maridos, fundado en los mismos principios en los que descansa la devoción. No existe otra base firme bajo el cielo — porque debemos precaverlas sobre la luz engañosa del sentimiento, usado demasiadas veces como un término más suave que la sensualidad. Se sigue entonces, creo, que las mujeres desde su infancia debieran ser encerradas como princesas orientales o educadas de modo que sean capaces de pensar y actuar por sí mismas.

¿Por qué los hombres vacilan entre las dos opiniones y esperan imposibles? ¿Por qué esperan virtud de una esclava, de un ser a quien la constitución de la sociedad civil ha hecho débil, si no vicioso?

Sé que todavía se requerirá un tiempo considerable para erradicar los prejuicios firmemente enraizados que plantaron los sensualistas; también llevará su tiempo convencer a las mujeres de que a la larga actúan contra sus intereses reales cuando albergan debilidad o la afectan bajo el nombre de delicadeza, y convencer al mundo de que la fuente corrompida de los vicios e insensateces femeninas, aunque sea necesaria de acuerdo con la costumbre, por utilizar términos sinónimos en un sentido amplio, ha sido el homenaje sensual que se rinde a la belleza, a la belleza de rasgos; porque un escritor alemán ha observado sagazmente que hombres de todas las condiciones admiten que una mujer bonita es un objeto de deseo, mientras que una mujer elevada, que inspira emociones más sublimes al exhibir belleza intelectual, puede pasar desapercibida o ser observada con indiferencia por aquellos hombres que buscan la felicidad en la satisfacción

de sus apetitos. Preveo una réplica obvia: mientras los hombres continúen siendo seres tan imperfectos como parecen haber sido hasta ahora, seguirán, más o menos, esclavos de sus apetitos; y aquellas mujeres que satisfacen el sexo preponderante para obtener mayor poder defraudan el suyo propio por una necesidad física, si no moral.

Concedo que esta objeción tiene cierta fuerza; pero mientras exista un precepto moral como «*Sed puros como lo es vuestro Padre celestial*», parecería que las virtudes del hombre no están limitadas por el único Ser que puede hacerlo, y que puede ejercer presión para que se avance sin considerar si se sitúa fuera de su esfera al consentir una ambición tan noble. Se ha dicho a las olas indómitas: «*Hasta aquí llegaréis y no más lejos; y aquí se detendrán tus olas imponentes*»¹⁴⁰. En vano batén y hacen espumas, frenadas por el poder que confina en sus órbitas los planetas en lucha; la materia se rinde al gran Espíritu gobernante. Pero un alma inmortal, al no estar controlada por leyes mecánicas y luchar por liberarse de las cadenas de la materia, contribuye al orden de la creación, en lugar de estorbarlo, cuando, colaborando con el Padre de los espíritus, trata de gobernarse por la regla invariable que rige el universo en cierto grado, ante el cual desfallece nuestra imaginación.

Además, si se educa a las mujeres para la dependencia, es decir, para actuar de acuerdo con la voluntad de otro ser falible y se somete al poder, recto o erróneo, ¿dónde hemos de detenernos? ¿Deben ser consideradas como gobernantes inferiores a los que se permite reinar sobre un pequeño dominio y se responsabiliza de su conducta ante un tribunal superior, capaz de error?

No será difícil probar que esas voluntades delegadas actuarán como los hombres sometidos por miedo y harán padecer a sus hijos y siervos su opresión tiránica. Como se someten sin razón y no cuentan con reglas fijas por las que ajustar su conducta, serán amables o crueles según les dicte el capricho del momento; y no debemos asombrarnos si a veces, mortificadas por su pesado yugo, obtienen un placer maligno en hacerlo descansar en hombros más débiles.

Pero supongamos que una mujer, educada en la obediencia y casada con un hombre razonable que dirige su juicio sin hacerle sentir la servidumbre

de su sujeción, actúa por esta luz reflejada con toda la propiedad que puede esperarse cuando se toma la razón de segunda mano; no obstante, ella no puede asegurar la vida de su protector y este puede morir y dejarla con una gran familia. A ella le corresponde un deber doble: educarla como madre y formar sus principios y asegurar su propiedad. Pero, ¡ay!, nunca ha pensado y mucho menos actuado por sí misma. Solo ha aprendido a gustar a los hombres¹⁴¹, a depender graciosamente de ellos; pero, cargada de hijos, ¿cómo va a conseguir otro protector, un marido que haga las veces de la razón? Un hombre racional, porque no pisamos terreno romántico, aunque piense que es una criatura dócil y placentera, no elegirá casarse con una *familia* por amor, cuando hay en el mundo muchas otras hermosas criaturas. ¿Qué es de ella entonces? Se convierte en presa fácil para algún cazador de fortuna pobre que despoje a sus hijos de su herencia paterna y los deje en la miseria; o se hace víctima del descontento y el desenfreno ciego. Incapaz de educar a sus hijos o infundirles respeto —porque no es un juego de palabras afirmar que nunca se respeta a alguien que no es respetable, aunque ocupe un puesto importante—, se consume bajo la angustia del pesar vano e impotente. Los dientes de la serpiente entran en su alma y los vicios de la juventud licenciosa la llevan con pesar, cuando no con pobreza también, a la tumba.

No es un cuadro sobrecargado, sino un caso muy posible y algo semejante debe haber ocurrido ante cualquier mirada atenta.

Sin embargo, he dado por supuesto que la mujer tenía buena disposición, aunque la experiencia muestra que puede conducirse a las ciegas con la misma facilidad a la cuneta que por un camino batido. Pero hagamos la conjeta no muy improbable de que un ser al que solo se le ha enseñado a agradar debe seguir buscando su felicidad en ello, ¡qué ejemplo de necedad, por no decir vicio, será para sus inocentes hijas! La madre se perderá en la coqueta y, en lugar de hacerse amiga de sus hijas, las contemplará con recelo porque son rivales —más crueles que otras cualesquiera porque incitan a la comparación y empujan del trono de la belleza a quien nunca ha pensado tener un puesto en el banco de la razón.

No se requiere una pluma viva o el esbozo perspicaz de una caricatura para trazar las miserias domésticas y los pequeños vicios que una señora de

familia como esa difunde. Sin embargo, actúa como debe hacerlo una mujer criada según el sistema de Rousseau. Nunca se le reprochará ser masculina o salirse de su esfera; más aún, observaría otra de sus grandes reglas, y al conservar precavidamente su reputación libre de mancha, se la consideraría una mujer de buena clase. Pero, ¿desde qué perspectiva puede denominársela buena? Es cierto que se abstiene, sin gran lucha, de cometer grandes delitos, pero ¿cómo cumple con sus obligaciones? ¡Obligaciones!, a decir verdad, bastante tiene con pensar en adornar su cuerpo y alimentar su débil constitución.

Respecto a la religión, nunca se atrevió a juzgar por sí misma; pero se ajustaba como debe hacerlo una criatura dependiente a las ceremonias de la Iglesia en las que la educaron, creyendo píamente que cabezas más sabias que la suya han organizado esos asuntos; y sin duda es la finalidad de su perfección. Así pues, paga su diezmo de menta y comino —y gracias a Dios no es como las demás mujeres. ¡Estos son los benditos efectos de una buena educación, las virtudes de la compañera del hombre!¹⁴².

Debo aliviarme dibujando un cuadro diferente. Dejemos que ahora la imaginación presente a una mujer con un entendimiento tolerable, porque no quiero dejar la línea de la mediocridad, cuya constitución, fortalecida por el ejercicio, ha permitido a su cuerpo adquirir su pleno vigor; su mente se ha ido expandiendo al mismo tiempo para comprender los deberes morales de la vida y en qué consisten la virtud y dignidad humanas.

Formada de este modo mediante el desempeño de las obligaciones relativas a su posición, se casa por afecto, sin perder de vista la prudencia y mirando más allá de la felicidad matrimonial, consigue el respeto de su marido antes de que sea necesario ejercer malas artes para complacerlo y alimentar una llama moribunda, que la naturaleza predestina a extinguirse cuando el objeto se hace familiar, cuando la amistad y la paciencia ocupan el puesto de un afecto más ardiente. Esta es la muerte natural del amor y no se destruye la paz doméstica con luchas para evitarlo. También doy por supuesto que el marido es virtuoso, o ella necesita aún más principios independientes.

Sin embargo, el destino rompe este vínculo. Ella se queda viuda, quizás sin una provisión suficiente, pero no está desolada. Siente la punzada

natural del dolor, pero cuando el tiempo ha suavizado la pena en melancólica resignación, su corazón se torna a sus hijos con inclinación redoblada y, deseosa de proporcionarles todo lo necesario, el afecto da una forma sagrada y heroica a sus deberes maternales. Piensa que sus virtuosos esfuerzos no solo los ve aquel de quien debe manar ahora todo bienestar y cuya aprobación es la vida, sino que su imaginación, un poco exaltada y ensimismada por el duelo, espera en el fondo que los ojos que su mano temblorosa ha cerrado puedan todavía ver cómo somete toda pasión rebelde para cumplir la obligación doble de ser tanto el padre como la madre de sus hijos. Elevada al heroísmo por la mala fortuna, reprime los tenues albores de una inclinación natural antes de que maduren en amor, y en la flor de la vida se olvida de su sexo —olvida el placer de una pasión que despierta, que de nuevo habría sido inspirada y correspondida. No vuelve a pensar en agradar y su dignidad consciente le impide enorgullecerse de su conducta. Sus hijos cuentan con su amor y sus esperanzas más resplandecientes se encuentran más allá de la tumba, a donde su imaginación se extravía a menudo.

Pienso que la veo rodeada de sus hijos, recogiendo la recompensa de sus cuidados. Los ojos inteligentes encuentran los suyos, mientras la salud y la inocencia sonríen en sus mejillas carnosas y, cuando son mayores, su atención agradecida disminuye los cuidados de la vida. Vive para ver las virtudes que trató de plantar sobre principios fijados en hábitos, para ver a sus hijos alcanzar una fortaleza de carácter suficiente que les permita soportar la adversidad sin olvidar el ejemplo de su madre.

Cumplida la tarea de la vida, espera con calma el sueño de la muerte y al levantarse de la tumba diría: «Mira, me diste un talento y aquí tienes cinco»¹⁴³.

Deseo resumir lo que he dicho en unas pocas palabras, ya que arrojo mi guante aquí y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, sin exceptuar la modestia. La verdad, si entiendo el significado de la palabra, debe ser la misma para el hombre y la mujer; no obstante, el carácter femenino imaginativo, tan bien descrito por poetas y novelistas, al demandar el sacrificio de la verdad y la sinceridad, convierte la virtud en una idea relativa que no tiene otro fundamento que la utilidad, y sobre esta

utilidad pretenden juzgar los hombres, moldeándola a su propia conveniencia.

Admito que las mujeres tengan diferentes obligaciones que cumplir, pero son obligaciones *humanas* y los principios que deben regular su desempeño mantengo con firmeza que deben ser los mismos.

Es necesario hacerse respetable y ejercitar el entendimiento, pues no hay ningún otro fundamento para obtener un carácter independiente; quiero decir explícitamente que solo deben doblegarse a la autoridad de la razón, en lugar de ser las *modestas* esclavas de la opinión.

¡Qué pocas veces nos encontramos en los rangos superiores de la vida con hombres de cualidades elevadas o incluso de atributos comunes! Las razones me parecen claras: el estado en el que nacieron no era natural. El carácter humano siempre se ha formado mediante las ocupaciones que prosigue un individuo o una clase; y si no se agudizan las facultades mediante la necesidad, permanecen obtusas. Este argumento puede extenderse igualmente a las mujeres, ya que, ocupadas rara vez en asuntos serios, la consecución de placer da esa insignificancia a su carácter que hace a la sociedad de los *nobles* tan insípida. La misma falta de firmeza, producida por una causa similar, fuerza a ambos a volar de sí mismos a los placeres escandalosos y las pasiones artificiales, hasta que la vanidad ocupa el lugar de todo afecto social y resulta difícil distinguir las características de la humanidad. Tales son los beneficios de los gobiernos civiles, tal como están organizados en el presente, que la riqueza y la dulzura femenina tienden por igual a envilecer a la humanidad y se producen por la misma causa; pero al admitir que las mujeres son criaturas racionales, debe incitárselas a adquirir las virtudes que puedan llamar propias, porque ¿cómo se ennoblecera un ser racional por algo que no obtiene por su propio esfuerzo?

[136](#) Joseph Priestley, perteneciente al círculo radical formado en torno a la casa editorial de J. Johnson y miembro de la entonces famosa Lunar Society. La obra a la que se hace referencia debe de ser *A Description of a Chart of Biography*, Londres, J. Johnson, 1785. [N. de la Ed.]

[137](#) «Las investigaciones sobre verdades especulativas y abstractas, los principios y axiomas de las ciencias —en pocas palabras, todo lo que tiende a generalizar nuestras ideas— no son competencia

apropiada para las mujeres; sus estudios deben ser relativos a asuntos prácticos; a ellas corresponde aplicar los principios que los hombres han descubierto y hacer observaciones que los conduzcan al establecimiento de otros generales. Todas las ideas de las mujeres que no se dirijan de forma inmediata a asuntos de obligación deben aplicarse al estudio de los hombres y a la obtención de aquellas agradables dotes que tienen al gusto como objetivo, ya que las obras de genio están por encima de su capacidad, y tampoco tienen la suficiente precisión o poder de atención para obtener éxito en las ciencias que lo requieren; y en cuanto al conocimiento físico, corresponde solo a los más activos, a los más inquisitivos, que comprenden la mayor variedad de objetos; en resumen, corresponde juzgar las relaciones entre los seres sensibles y las leyes de la naturaleza a quienes tienen mayor energía y la ejercitan más. Una mujer que es débil por naturaleza y que no tiene ideas sustanciales sabe cómo juzgar y hacer una estimación apropiada de aquellos movimientos que pone en juego para ayudar a su debilidad. El mecanismo que emplea es mucho más poderoso que el nuestro, porque todas sus palancas mueven el corazón humano. Debe poseer la habilidad de inclinarnos a hacer todo lo que su sexo no le permita por sí misma y que le resulte necesario o agradable; así pues, debe estudiar por completo la mente del hombre, no la del hombre en general de forma abstracta, sino las disposiciones de aquellos a quienes se encuentra sujeta, sea por las leyes del país o por la fuerza de la opinión. Ha de aprender a penetrar en sus sentimientos reales a través de su conversación, sus acciones, su apariencia y sus gestos. También, mediante su conversación, sus actos, sus gestos y su apariencia, tiene que dominar el arte de comunicar los sentimientos que a ellos les resultan agradables, sin parecer intentarlo. Los hombres argumentarán de modo más filosófico sobre el corazón humano, pero las mujeres leerán en él mejor. A estas corresponde —si se me permite la expresión— formar una moralidad empírica y reducir el estudio del hombre a un sistema. Las mujeres poseen más ingenio, los hombres más genio; las mujeres observan, los hombres razonan. De la concurrencia de ambos obtenemos la luz más clara y el conocimiento más perfecto de sí misma que es capaz de alcanzar la mente humana. En una palabra, de ahí obtenemos el conocimiento más íntimo de nosotros mismos y de los otros de que es capaz nuestra naturaleza; y es así como el arte tiende constantemente a perfeccionar los talentos otorgados por la naturaleza. El mundo es el libro de las mujeres», *El Emilio* de Rousseau.

Espero que mis lectores todavía recuerden la comparación que he presentado entre mujeres y militares.

[138](#) «Un respetable anciano da cuenta del razonable método que siguió cuando educaba a su hija: “Trataba de proporcionar tanto a su mente como a su cuerpo un grado de vigor que es raro encontrar en el sexo femenino. Tan pronto como tuvo la suficiente fuerza para ser capaz de realizar las tareas más suaves del corral y de la huerta, la empleé como mi compañera constante. Selena —porque ese era su nombre— adquirió pronto una destreza en todas estas labores rústicas que yo consideraba con placer y admiración iguales. Si las mujeres son en general débiles de cuerpo y alma, es menos por naturaleza que por su educación. Fomentamos una indolencia e inactividad viciosas, que denominamos falsamente delicadeza. En lugar de fortalecer sus mentes mediante los principios más severos de la razón y la filosofía, las educamos para artes inútiles, que terminan en vanidad y sensualidad. En la mayoría de los países que he visitado, no se les enseña de una naturaleza más elevada nada más que unas cuantas modulaciones de voz o posturas corporales inútiles; su tiempo se consume en pereza y fruslerías, y estas se convierten en los únicos objetivos capaces de interesarles. Parecemos olvidar que de las cualidades del sexo femenino dependen nuestro propio bienestar o la educación de nuestros hijos. ¿Y cuál es el bienestar o la educación que puede otorgar una raza de seres corruptos desde su infancia y desconocedores de todas las obligaciones de la vida? Tocar un instrumento musical con habilidad inútil, exhibir sus gracias naturales o afectadas a los ojos de jóvenes indolentes y corruptos, disipar el patrimonio de sus maridos en gastos licenciosos e

innecesarios son las únicas artes cultivadas por las mujeres en la mayoría de las naciones educadas que he visto. Y las consecuencias son siempre las que se esperarían de tales fuentes contaminadas: calamidad privada y servidumbre pública.

»Pero la educación de Selena fue regulada por consideraciones diferentes y guiada por principios más severos, si puede llamarse severidad a lo que abre la mente al sentido de los deberes morales y religiosos y la arma de la manera más efectiva contra los males inevitables de la vida”», *Sandford and Merton* de Day, vol. III.

[139](#) «Una vez conocí a una niña que aprendió a escribir antes de aprender a leer, y empezó a escribir con su aguja antes de que pudiera usar una pluma. Realmente, al principio se le metió en la cabeza no hacer más letras que la o: constantemente hacía esta letra de todos los tamaños y siempre de modo equivocado. Desgraciadamente, un día, mientras se esforzaba en esta ocupación, se vio por casualidad en el espejo; entonces, como no le gustó la posición forzada con la que se sentaba mientras escribía, arrojó la pluma, como otra Palas, y decidió no hacer más la o. A su hermano tampoco le gustaba escribir, sin embargo, lo que más le disgustaba era estar encerrado y no la posición forzada», *El Emilio* de Rousseau.

[140](#) Referencias, en cita libre, al *Libro de Job*, 4:17 y 38:11. [N. de la Ed.]

[141](#) «En la unión de los sexos, ambos persiguen un objetivo común, pero no del mismo modo. De esta diversidad surge la primera diferencia determinante entre las relaciones morales de cada uno. Uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil; es necesario que uno tenga poder y voluntad y que el otro oponga pequeña resistencia.

»Establecido este principio, se deduce que la mujer ha sido formada expresamente para agradar al hombre: si la obligación es también recíproca y el hombre debe agradar a su vez, no es necesario de modo tan inmediato; su gran mérito es su poder y agrada simplemente porque es fuerte. Debo confesar que esto no constituye una de las máximas refinadas del amor; pero, sin embargo, es una de las leyes de la naturaleza, anterior al mismo amor.

»Si la mujer ha sido formada para agradar y someterse al hombre, sin duda su lugar está en hacerse amable a él, en vez de poner a prueba sus pasiones. La violencia de los deseos del hombre depende de sus encantos y por su mediación puede apremiarlo a ejercer los poderes que la naturaleza le ha otorgado. El método de más resultado para excitarlos es hacer su ejercicio necesario por la resistencia; de ese modo, la autoestima se añade al deseo y uno triunfa en la victoria que el otro se ve obligado a obtener. De aquí surgen los distintos modos de ataque y defensa entre los sexos; la audacia de un sexo y la timidez del otro; y, en una palabra, la vergüenza y modestia con los que la naturaleza ha armado al débil para someter al fuerte», *El Emilio* de Rousseau.

No haré más comentario sobre este ingenioso pasaje que observar que se trata de la filosofía de la lascivia.

[142](#) «¡Qué encantadora es su ignorancia! —exclama Rousseau hablando de Sofía—. ¡Feliz el destinado a instruirla! Nunca pretenderá ser la tutora de su esposo, sino que estará contenta de ser su pupila. Lejos de intentar someterlo a su gusto, acomodará el propio al de él. La estimará más que si fuera instruida porque tendrá el placer de hacerlo él», *El Emilio* de Rousseau.

Me contentaré simplemente con preguntar cómo puede sobrevivir la amistad cuando termina el amor entre el maestro y su pupila.

[143](#) Cita libre de la «Parábola de los Talentos», en *El Evangelio según San Mateo*, 25:20. [N. de la Ed.]

CAPÍTULO IV

Observaciones sobre el estado de degradación al que se encuentra reducida la mujer por causas diversas

Creo que está claro que la mujer es débil por naturaleza o se halla degradada por una concurrencia de circunstancias. Simplemente contrastaré esta postura con una conclusión que he oído sostener con frecuencia a hombres razonables, en favor de la aristocracia: la masa de la humanidad no puede ser nada, o los esclavos dóciles que permiten con paciencia que se los conduzca percibirían su propia categoría y rechazarían sus cadenas. Observan, además, que los hombres se someten por doquier a la opresión, cuando solo tienen que levantar la cabeza y deshacerse del yugo; pero, en lugar de afirmar sus derechos de nacimiento, muerden el polvo en silencio y dicen: «comamos y bebamos, porque mañana moriremos». De modo análogo, las mujeres se degradan debido a la misma tendencia a disfrutar el momento presente y al final desdeñan la libertad por la que no luchan al carecer de la virtud suficiente para ello. Pero debo ser más explícita.

Con respecto al cultivo del corazón, se admite con unanimidad que el sexo está fuera de cuestión; pero no debe pasarse por alto la línea de subordinación en cuanto a los poderes mentales¹⁴⁴. Solo «absoluta en encanto», la proporción de racionalidad que se concede a la mujer es realmente escasa, porque al negar su genio y juicio resulta bastante difícil adivinar qué queda para caracterizar el intelecto.

El estambre de la inmortalidad, si se me permite la expresión, es la perfectibilidad de la razón humana; porque si el hombre fuera creado perfecto o cuando llega a la madurez surgiera de él un flujo de conocimiento que impidiera el error, dudaría de la continuidad de su existencia cuando el cuerpo se disuelva. Pero en el estado actual de las cosas, toda dificultad en cuanto a la moral que escapa de la discusión

humana y desconcierta por igual la investigación del pensamiento profundo y la brillante intuición del genio constituye un argumento para cimentar mi creencia en la inmortalidad del alma. En consecuencia, la razón es el simple poder de perfeccionamiento o, para hablar con más propiedad, el poder de discernir la verdad. Cada individuo, a este respecto, constituye un mundo en sí mismo. Puede ser más sobresaliente en un ser que en otro, pero la naturaleza de la razón será la misma en todos si el vínculo que conecta a la criatura con el Creador es una emanación de la divinidad; pues un alma que no se perfecciona con el ejercicio de su propia razón ¿puede tener impresa la imagen celestial?¹⁴⁵. Sin embargo, adornada exteriormente con cuidado exquisito para agradar al hombre «que ame con honor»¹⁴⁶, no se concede esta distinción al alma de la mujer, siempre con el hombre colocado entre ella y la razón, como si solo se la hubiera creado para ver a través de un burdo intermediario y para aceptar las cosas por confianza. Pero si desechamos estas teorías ilusorias y consideramos a la mujer como un todo, como debe ser, y no parte del hombre, la pregunta sería si tiene o no razón. En caso afirmativo, lo que concederé de momento, no fue creada solo para solaz del hombre y lo sexual no debe destruir el carácter humano.

Probablemente a este error han llegado los hombres al considerar la educación a una luz falsa y no como el primer paso para formar a un ser que avance gradualmente hacia la perfección¹⁴⁷, sino solo como una preparación para la vida. Sobre este error sensual, porque así debo denominarlo, se ha erigido el falso sistema de los modales femeninos que despoja de su dignidad a todo el sexo y clasifica su belleza y opacidad con las flores que solo adornan la tierra. Siempre ha sido este el lenguaje de los hombres y el miedo de apartarse de un supuesto carácter sexual ha hecho que incluso las mujeres con mejor sentido adoptaran los mismos sentimientos¹⁴⁸. Así, en sentido estricto hablando se ha negado a la mujer el entendimiento y se ha puesto en su lugar al instinto, sublimado en agudeza y astucia para las cosas de la vida.

El poder de generalizar ideas o de extraer conclusiones amplias de observaciones individuales es la única adquisición que merece el nombre de conocimiento para un ser inmortal. La simple observación, sin esforzarse por explicar nada, sería (de modo muy incompleto) como el sentido común

de la vida, pero ¿dónde se encuentran guardadas las provisiones que deben vestir al alma cuando abandone el cuerpo?

Este poder no solo se ha negado a la mujer, sino que los escritores han insistido en que resulta inconsecuente, con escasas excepciones, con su carácter sexual. Que los hombres lo prueben y concederé que las mujeres solo existen para ellos. Sin embargo, debo observar previamente que el poder de generalizar ideas, en alto grado, no es muy común entre hombres o mujeres. Pero este ejercicio constituye el verdadero cultivo del entendimiento y todo conspira para hacerlo más difícil en el mundo femenino que en el masculino.

Esta afirmación me lleva de modo natural al tema principal de este capítulo, por lo que señalaré ahora algunas de las causas que degradan al sexo e impiden a las mujeres generalizar sus observaciones.

No me remontaré a los anales remotos de la antigüedad para seguir las huellas de la historia de la mujer; es suficiente con admitir que siempre ha sido una esclava o una déspota y señalar que cada una de estas situaciones retarda por igual el progreso de la razón. Siempre me ha parecido que la gran fuente del vicio y la insensatez femenina surge de la estrechez mental, y la misma constitución de los gobiernos civiles ha colocado en el camino obstáculos casi insuperables para impedir el cultivo del entendimiento femenino; pero la virtud no puede basarse en otros cimientos. En el camino de los ricos se han arrojado los mismos obstáculos, con las mismas consecuencias.

De forma proverbial, se ha llamado a la necesidad la madre de la invención; el aforismo podría extenderse a la virtud. Es una adquisición que conlleva el sacrificio del placer, ¿y quién sacrifica este cuando se tiene al alcance de la mano o cuando la adversidad no ha abierto o fortalecido la mente, o la necesidad no ha agujoneado la búsqueda del conocimiento? Es una buena cosa que la gente tenga que luchar con las preocupaciones de la vida porque ello evita que se convierta en presa de los vicios que debilitan, simplemente por la indolencia. Pero si se sitúa a hombres y mujeres desde su nacimiento en una zona tórrida, con el sol meridiano del placer apuntándolos directamente, ¿cómo pueden reforzar sus mentes para cumplir

con las obligaciones de la vida o incluso para saborear los afectos que los transportan fuera de sí mismos?

Según la modificación presente de la sociedad, el placer es el asunto central de la vida de una mujer y, mientras continúe siendo así, poco puede esperarse de esos seres débiles. Heredada la soberanía de la belleza en descendencia directa del primer bello defecto de la naturaleza, para mantener su poder tienen que renunciar a los derechos naturales que el ejercicio de la razón les habría procurado y elegir ser reinas efímeras, en lugar de trabajar para obtener los sobrios placeres que nacen de la igualdad. Exaltadas por su inferioridad (parece una contradicción), demandan constantemente homenaje como mujeres, aunque la experiencia debía enseñarles que los hombres que se precian de conceder este respeto arbitrario e insolente al sexo con la exactitud más escrupulosa son los más inclinados a tiranizarlo y a despreciar la misma debilidad que animan. A menudo repiten los mismos sentimientos que Hume cuando, al comparar el carácter francés con el ateniense, alude a las mujeres:

Pero lo que resulta más singular en esta nación caprichosa, digo de los atenienses, es que vuestro juego durante las saturnalias, cuando los esclavos son servidos por los amos, lo continúan seriamente durante todo el año y durante el curso completo de sus vidas, acompañado también por algunas circunstancias que aún aumentan más lo absurdo y ridículo. Vuestro deporte eleva durante unos días a aquellos que la fortuna ha abandonado y a quienes ella también, en los deportes, puede elevar para siempre. Pero esta nación exalta con gravedad a aquellas que la naturaleza les ha sometido y cuya inferioridad y debilidades son absolutamente incurables. Las mujeres, aunque carecen de virtud, son sus dueñas y soberanas [149](#).

¡Ay!, ¿por qué las mujeres —escribo con cariñosa solicitud— condescienden a recibir un grado de atención y respeto de los extraños diferente a la reciprocidad educada que el dictado de la humanidad y la civilización autorizan entre hombre y mujer? ¿Y por qué no descubren, «cuando están en el apogeo del poder de la belleza», que las tratan como reinas solo para engañarlas con un falso respeto hasta que renuncien o no asuman sus prerrogativas naturales? Confinadas en jaulas como la raza emplumada, no tienen nada que hacer sino acicalarse el plumaje y pasearse de percha en percha. Es cierto que se les proporciona alimento y ropa sin que se esfuerzen o tengan que dar vueltas; pero a cambio entregan salud,

libertad y virtud. ¿Dónde se ha encontrado entre la humanidad la suficiente fortaleza mental para renunciar a estas prerrogativas adventicias, alguien que sobresalga de la opinión con la dignidad calmada de la razón y se atreva a sentirse orgullosa de los privilegios inherentes al hombre? Y es vano esperarlo mientras el poder hereditario ahogue los afectos y corte los brotes de la razón.

Así, las pasiones de los hombres han colocado en tronos a las mujeres y hasta que la humanidad se vuelva más juiciosa, no ha de temerse que las mujeres se aprovechen del poder que obtienen con el menor esfuerzo y que es el más incontestable. Sonreirán —sí, sonreirán— aunque se les diga:

En el imperio de la belleza no hay punto medio
y la mujer, sea esclava o reina,
rápidamente es menospreciada cuando no adorada.¹⁵⁰

Pero como la adoración llega primero, no se prevé el menosprecio.

Luis XIV, en particular, extendió modales artificiales y atrapó, de modo engañoso, a toda la nación en sus redes; porque para establecer una diestra cadena de despotismo, hizo que a la gente le interesara de forma individual respetar su posición y apoyar su poder. Y las mujeres, a quienes halagó mediante una pueril atención al sexo en su conjunto, obtuvieron en su reino esa distinción principesca tan fatal para la razón y la virtud.

Un rey lo es siempre, lo mismo que una mujer siempre es una mujer¹⁵¹. Su autoridad y su sexo siempre se sitúan entre ellos y la conversación racional. Concedo que con un amante la mujer deba ser así y que su sensibilidad la lleve a esforzarse por excitar su emoción, no para satisfacer su vanidad, sino su corazón. No creo que esto sea coquetería, sino el impulso sencillo de la naturaleza. Solo protesto contra el deseo sexual de conquista cuando el corazón está fuera de cuestión.

Este deseo no se limita a las mujeres. Lord Chesterfield dice: «Me he esforzado por ganar los corazones de veinte mujeres, por cuyas personas no habría dado un higo». El libertino que, en su gusto por la pasión, se aprovecha de la ternura confiada es un santo si se le compara con este bellaco sin corazón —quiero usar palabras significativas. Como solo se les ha enseñado a agradar, las mujeres siempre están alerta para ello y se

esfuerzan con ardor verdadero y heroico por ganar corazones simplemente para renunciar a ellos o desdeñarlos cuando la victoria está decidida y es evidente.

Debo descender a las menudencias del tema. Lamento que las mujeres sean sistemáticamente degradadas al recibir las atenciones insignificantes que los hombres consideran varonil otorgar al sexo, cuando en realidad apoyan insultantemente su propia superioridad. No es condescendencia doblegarse ante un inferior. De hecho, estas ceremonias me parecen tan ridículas que apenas puedo contener mis músculos cuando veo a un hombre lanzarse a levantar un pañuelo con solicitud ávida y seria o cerrar una puerta, cuando la dama podía haberlo hecho con moverse un paso o dos.

Un deseo salvaje ha fluido de mi corazón a mi cabeza y no lo reprimiré aunque pueda excitar carcajadas. Deseo honestamente ver cómo la distinción de los sexos se confunde en la sociedad, menos en los casos donde el amor anime la conducta. Porque estoy completamente convencida de que esta distinción es el fundamento de la debilidad de carácter atribuida a la mujer; es la causa por la que se niega el entendimiento, mientras se adquieren dotes con cuidadoso esmero; y la misma causa hace que prefiera lo elegante a las virtudes heroicas.

Toda la humanidad quiere ser amada y respetada por *alguien*, y las masas comunes siempre toman el camino más próximo para satisfacer sus deseos. El respeto otorgado a la riqueza y la belleza es el más cierto e inequívoco y, por supuesto, siempre atraerá la mirada vulgar de las mentes comunes. Las facultades y virtudes resultan totalmente necesarias para hacer notorios a los hombres de clase media, y la consecuencia natural es evidente: la clase media contiene más virtudes y facultades. De este modo, los hombres cuentan al menos con una oportunidad para esforzarse con dignidad y para elevarse mediante el ejercicio que perfecciona a una criatura racional; pero el conjunto del sexo femenino se encuentra, hasta que su carácter se forma, en las mismas condiciones que los ricos, porque nacen —hablo ahora de un estado de civilización— con ciertos privilegios sexuales; y mientras se les otorguen de modo gratuito, pocos pensarán en hacer más de lo obligado para obtener la estima de un pequeño número de gentes superiores.

¿Cuándo oímos de las mujeres que, comenzando en la oscuridad, reclaman valientemente respeto por sus grandes facultades o sus virtudes intrépidas? ¿Dónde se las encuentra? «Ser observados, atendidos y advertidos con simpatía, complacencia y aprobación son todas las ventajas que buscan». ¡Ciento!, exclamarán probablemente los lectores masculinos; pero, antes de que saquen conclusiones, recordémosles que esto no se escribió para describir a las mujeres, sino a los ricos. En la *Teoría de los sentimientos morales* del doctor Smith he hallado la descripción del carácter general de la gente de rango y fortuna que, en mi opinión, podría aplicarse con la mayor propiedad al sexo femenino¹⁵². Remito al lector sagaz a toda la comparación, pero se me debe permitir citar un trozo para dar fuerza a un argumento en el que quiero insistir por ser el más concluyente contra la existencia de un carácter sexual. Porque si, con excepción de los guerreros, no han aparecido grandes hombres de ninguna clase entre la nobleza, ¿no sería justo inferir que su emplazamiento engulle al hombre y produce un carácter similar al de las mujeres, que están *emplazadas* —si se me permite la palabra— por el rango en que las coloca la cortesía? A las mujeres, por lo común llamadas señoras, no se las contradice cuando están en compañía, no se les permite ejercer fuerza manual; y de ellas solo se esperan virtudes negativas, cuando se espera alguna: paciencia, docilidad, buen humor y flexibilidad, virtudes incompatibles con todo esfuerzo vigoroso del intelecto. Además, al vivir más con las demás y estar rara vez solas por completo, se hallan más bajo la influencia de los sentimientos que de las pasiones. La soledad y la reflexión son necesarias para dar a los deseos la fuerza de las pasiones y para permitir que la imaginación aumente el objeto y lo haga más deseable. Lo mismo puede decirse de los ricos: no recurren lo suficiente a ideas generales, reunidas por un pensamiento desapasionado o la investigación calmada, para adquirir la fuerza de carácter sobre la que se cimientan las grandes resoluciones. Pero oigamos lo que un agudo observador dice de los nobles:

¿Parecen insensibles los nobles al cómodo precio al que pueden adquirir la admiración pública, o parecen imaginar que para ellos, como para los demás hombres, debe ser una compra de sudor o sangre? ¿Mediante qué dotes importantes se instruye al joven noble para sustentar la dignidad de su rango y para hacerse merecedor de esa superioridad sobre sus conciudadanos, a la que le elevó la virtud de sus antepasados? Mediante el conocimiento, la

industria, la paciencia, el renunciamiento o mediante cualquier tipo de virtud. Mientras se atiende a todas sus palabras, a todos sus ademanes, aprende a considerar de forma habitual cada circunstancia de la conducta ordinaria y estudia la realización de todos aquellos pequeños deberes con la más exacta propiedad. Como se da cuenta de lo mucho que se le observa o lo dispuesta que se encuentra la humanidad a favorecer todas sus inclinaciones, actúa en las ocasiones más insignificantes con la libertad y la altura que su pensamiento le inspira de forma natural. Su porte, sus modales, su conducta, todo marca ese sentido elegante de su propia superioridad a la que difícilmente pueden llegar los que nacen en una posición inferior. Estas son las artes por las que se propone hacer más fácil a la humanidad someterse a su autoridad y gobernar sus inclinaciones según su propio placer; y en ello es rara vez defraudado. Estas artes, sostenidas por el rango y la preeminencia, son suficientes para gobernar el mundo en ocasiones ordinarias. Durante la mayor parte de su reinado, se consideró a Luis XIV el más perfecto modelo de un gran príncipe, no solo en Francia, sino en toda Europa. ¿Pero por qué talentos y virtudes adquirió esta gran reputación? ¿Fue por la justicia escrupulosa e inflexible de todas sus empresas, por los inmensos peligros y dificultades a los que atendió o por la dedicación inagotable e implacable con que los acometió? ¿Fue por su extenso conocimiento, por su juicio exquisito o por su heroico valor? No fue por ninguna de estas cualidades. Era, en primer lugar, el príncipe más poderoso de Europa y en consecuencia tenía el rango más elevado entre los reyes y luego, dice su historiador, «sobrepasaba a todos sus cortesanos en la gracia de su figura y la belleza majestuosa de sus facciones. El sonido de su voz, noble y afectuosa, ganaba los corazones que su presencia intimidaba. Tenía un paso y un porte solo propios de él y de su rango, que hubieran sido ridículos en cualquier otra persona. La turbación que ocasionaba a aquellos que hablaban con él favorecía esa secreta satisfacción con la que sentía su propia superioridad». Estas dotes frívolas, sostenidas por su rango y sin duda por cierto grado de otras virtudes y talentos, que no parecen, sin embargo, haber destacado mucho de la mediocridad, colocaron a este príncipe en el aprecio de su época y han aportado, incluso en la posteridad, un gran respeto a su memoria. Comparada con estas, en su propio tiempo y en su propia presencia, no parece que hubiera otra virtud de algún mérito. El conocimiento, la industria, el valor y la caridad temblaban, se avergonzaban y perdían toda dignidad ante ellas.

La mujer también se siente «completa en sí misma» al poseer todas estas dotes frívolas, lo que cambia la naturaleza de las cosas:

Que lo que quiere decir o hacer
Parece lo más inteligente, virtuoso, discreto, mejor;
Todo conocimiento más elevado se derrumba en *su presencia*
Degradado. La sabiduría, en conversación con ella,
Pierde desconcertada y parece insensata;
La autoridad y la razón esperan ante ella [153](#).

¡Y todo esto debido a su encanto!

Continuando la comparación, a los hombres de rango medio se los prepara en su juventud para distintas profesiones, sin considerar el matrimonio el gran acontecimiento de sus vidas, mientras que las mujeres, por el contrario, no tienen otro proyecto para agudizar sus facultades. No hay asuntos, planes extensos o divagaciones ambiciosas que acaparen su atención; no, sus pensamientos no se emplean en levantar estructuras tan nobles. Para encumbrarse en el mundo y tener libertad de correr de un placer a otro deben casarse con ventaja y a este objeto sacrifican su tiempo y a menudo prostituyen sus personas legalmente. Cuando un hombre entra en una profesión, tiene puesta la mirada en alguna ventaja futura (y la mente gana gran fortaleza al tener todos los esfuerzos dirigidos a un punto) y, ocupado de lleno con sus asuntos, considera el placer como un simple descanso, mientras que las mujeres buscan el placer como el propósito principal de la existencia. De hecho, debido a la educación que reciben de la sociedad, puede decirse que el amor al placer las gobierna a todas; ¿pero esto prueba que las almas tienen sexo? Sería tan racional como declarar de los cortesanos de Francia, cuando el destructivo sistema del despotismo había formado su carácter, que no eran hombres, ya que la libertad, la virtud y la humanidad se sacrificaban al placer y la vanidad. ¡Pasiones mortales que siempre han dominado *a toda* la raza!

El mismo amor al placer, fomentado por la tendencia de su educación, da un aspecto frívolo a la conducta de las mujeres en la mayoría de las circunstancias; por ejemplo, siempre están muy preocupadas por cosas secundarias y a la espera de aventuras en lugar de ocuparse de sus obligaciones.

Cuando un hombre emprende un viaje, en general tiene el final a la vista; una mujer piensa más en las incidencias, las cosas raras que puedan ocurrir en el camino, la impresión que obtendrá de sus compañeros de viaje y, sobre todo, se preocupa en extremo de los atuendos que lleva consigo, que son más que parte de sí misma cuando va a figurar en un nuevo escenario; cuando, usando un giro francés, va a producir sensación. ¿Puede existir dignidad mental con cuidados tan triviales?

En resumen, las mujeres en general, al igual que los ricos de ambos sexos, han adquirido todos los vicios e insensateces de la civilización y han

desechado sus frutos provechosos. No es necesario que continuamente recuerde que hablo de la condición de todo el sexo, dejando las excepciones fuera de cuestión. Sus sentidos se hallan inflamados y sus entendimientos descuidados, por lo que se convierten en presa de los primeros, denominados cortésmente sensibilidad, y son arrastradas por todo sentimiento o gusto momentáneo. Así, las mujeres civilizadas están tan debilitadas por el falso refinamiento, que respecto a la moral su condición es muy inferior a la que tendrían si se las hubiera dejado en un estado más cercano a la naturaleza. Siempre desasosegadas e inquietas, su excesiva sensibilidad las hace no solo incómodas para sí mismas, sino molestas, por buscar un término suave, para los otros. Todos sus pensamientos se dirigen a cosas calculadas para excitar las emociones y los sentimientos, cuando debieran razonar; su conducta es inestable y sus opiniones vacilantes —no la vacilación producida por la deliberación o las consideraciones sucesivas, sino por las emociones contradictorias. A tontas y a locas, se entusiasman con varias actividades, aunque como el entusiasmo nunca se concentra en perseverancia, pronto se extingue; y sobreviene la neutralidad, exhalada por su propio calor o junto a otra pasión efímera, a la que la razón nunca ha dado una gravedad específica. Realmente, debe ser miserable el ser que ha cultivado su mente solo para inflamar sus pasiones. Ha de distinguirse entre inflamar la mente y fortalecerla. ¿Qué puede esperarse que resulte de las pasiones saciadas en exceso, mientras se deja sin formar el juicio? Sin duda, una mezcla de locura e insensatez.

Esta observación no debe limitarse al *bello sexo*, pero por el momento solo quiero aplicarla a él.

Las novelas, la música, la poesía, el galanteo, todo tiende a hacer de las mujeres criaturas de sensaciones y su carácter se forma con el molde de la insensatez durante el tiempo en que adquieren las dotes, el único perfeccionamiento que su posición en la sociedad las estimula a conseguir. Esta sensibilidad sobredimensionada debilita de modo natural los otros poderes de la mente e impide que el intelecto adquiera la soberanía necesaria para hacer que una criatura racional sea de provecho para las otras y se contente con su propia posición, porque la ejercitación del

entendimiento, según avanza la vida, es el único método señalado por la naturaleza para calmar las pasiones.

La saciedad tiene un efecto muy diferente, y a menudo me he sentido muy impresionada por una descripción enérgica de la condenación, cuando se representa al espíritu girando sin parar, frustrados sus anhelos, en torno al cuerpo corrompido, incapaz de disfrutar nada sin los órganos de los sentidos. Hasta ahora, se hace a las mujeres esclavas de sus sentidos, pues mediante su sensibilidad obtienen su poder presente.

¿Y pretenderán los moralistas afirmar que esta es la condición en la que debe exhortarse a permanecer a la mitad de la raza humana, en inactividad indiferente y con estúpido consentimiento? ¡Qué instructores más amables! ¿Para qué fuimos creadas? Podrían contestarnos que para permanecer inocentes, pero quieren decir en un estado de infancia. También podríamos no haber nacido, a menos que fuera necesaria nuestra creación para que el hombre adquiriera el noble privilegio de la razón, el poder de discernir el bien del mal, mientras nosotras yacemos en el polvo de donde se nos sacó para no levantarnos más.

Sería una tarea sin cuento descubrir la variedad de mezquindades, cuidados y penas en los que se encuentran hundidas las mujeres por la opinión predominante de que fueron creadas para sentir en lugar de razonar y que todo el poder que obtienen debe alcanzarse por sus encantos y su debilidad:

¡Bella por sus defectos y amable debilidad!¹⁵⁴.

Y por esta amable debilidad completamente dependientes, a excepción de lo que obtienen mediante su dominio ilícito sobre el hombre, no solo para su protección, sino para su consejo, resulta sorprendente que, descuidando las obligaciones que la misma razón señala y rehuyendo las pruebas calculadas para fortalecer sus mentes, solo se esfuerzen en proporcionar una cobertura agradable a sus defectos, que puede servir para aumentar sus encantos a los ojos del voluptuoso, aunque se hundan en la escala de la excelencia moral.

Frágiles en toda la extensión de la palabra, están obligadas a buscar un hombre para hallar todo bienestar. En el peligro más insignificante, se

afellan a su apoyo con tenacidad parásita, demandando socorro lastimosamente; y su protector *natural* extiende sus brazos o levanta la voz para guardar —¿de qué?— a la amada que tiembla. Quizás del ceño de una vaca vieja o del salto de un ratón; una rata sería un peligro más serio. En nombre de la razón e incluso del sentido común, ¿qué puede salvar a tales seres del desprecio, aunque sean dulces y bellas?

Estos temores, cuando no son fingidos, pueden producir algunas actitudes buenas, pero muestran un grado de imbecilidad que degrada a una criatura racional de un modo que las mujeres no perciben, porque amor y estima son cosas muy diferentes.

Estoy plenamente convencida de que no oiríamos ninguno de esos ademanes infantiles si se permitiera a las niñas hacer suficiente ejercicio y no se las confinara en habitaciones cerradas hasta que sus músculos se debilitan y se destruyen sus poderes de asimilación. Para llevar el comentario más lejos, si el temor de las niñas, en lugar de alejarse o quizá crearse, se tratara del mismo modo que la cobardía en los niños, pronto veríamos a las mujeres con aspectos más dignos. Es cierto que entonces no se las podría denominar con igual propiedad las flores dulces que sonríen al paso del hombre; pero serían miembros más respetables de la sociedad y cumplirían las obligaciones importantes de la vida mediante la luz de su propia razón. Rousseau dice: «Educad a las mujeres como hombres y cuanto más se parezcan a nuestro sexo, menos poder tendrán sobre nosotros». Esto es exactamente lo que pretendo. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

He oído argumentar a los hombres en el mismo estilo contra la instrucción de los pobres, pues son muchas las formas que adopta la aristocracia. Dicen: «Enseñadles a leer y escribir y los sacaréis de la posición que les ha asignado la naturaleza». Tomaré prestados los sentimientos de un elocuente francés, que les ha contestado: «Pero no saben, cuando hacen del hombre un animal, que pueden esperar a cada instante verlo transformado en una bestia feroz. Sin conocimiento no puede haber moralidad»¹⁵⁵.

La ignorancia es una base frágil para la virtud. No obstante, los escritores que más vehementemente han argüido en favor de la superioridad

del hombre insisten en que es la condición por la que se ha organizado a la mujer; no es una superioridad de grado, sino una ofensa, aunque, para suavizar el argumento, se han esforzado en probar, con generosidad caballerosa, que no deben compararse los sexos; el hombre se hizo para razonar, la mujer para sentir. Y juntos, carne y espíritu, componen el todo más perfecto, al mezclar felizmente razón y sensibilidad en un carácter.

Pero, ¿qué es la sensibilidad? «Rapidez de sensación, rapidez de percepción, delicadeza». Así la define el doctor Johnson y sus palabras no me ofrecen otra idea que la de un instinto exquisitamente pulido¹⁵⁶. No percibo ningún vestigio de la imagen de Dios en la sensación o en la materia. Aunque se refine setenta veces siete, sigue siendo material; allí no reside el intelecto, lo mismo que el fuego nunca convertirá el plomo en oro.

Vuelvo a mi antiguo argumento: si se acepta que las mujeres poseen un alma inmortal, deben tener, como tarea de sus vidas, un entendimiento que perfeccionar. Y cuando, para hacer la condición actual más completa, aunque todo prueba que solo es una fracción de una inmensa suma, se las incita por la satisfacción presente a olvidar su gran destino, se contraría a la naturaleza, o solo nacieron para procrear y consumirse. O, si se otorga a todo tipo de animales un alma, aunque no con capacidad de raciocinio, el ejercicio del instinto y la sensibilidad podría ser el primer paso que han de dar en esta vida para obtener la razón en la próxima; así que durante toda la eternidad caminarán a la zaga del hombre a quien, por qué no podemos decirlo, se le dio el poder de obtener la razón en su primer modo de existencia.

Cuando trato de los deberes propios de las mujeres, como lo hago con los de un ciudadano o un padre, se comprobará que no pretendo insinuar que debe sacárselas de sus familias, si hablamos de la mayoría. Lord Bacon dice: «El que ha mujer e hijos ha dado rehenes a la fortuna; porque son impedimentos para las grandes empresas, tanto de virtud como de malicia. Ciertamente, las mejores obras, y las de mayor mérito para el público, han provenido de los hombres solteros o sin hijos»¹⁵⁷. Digo lo mismo de las mujeres. Pero el bienestar de la sociedad no se construye con esfuerzos extraordinarios, y si estuviera organizada de forma más razonable, aún sería menor la necesidad de grandes facultades o virtudes heroicas.

Para organizar una familia, para educar a los hijos, se requiere de modo especial entendimiento, en un sentido sencillo: fortaleza de cuerpo y alma. Sin embargo, los hombres que por sus escritos más se han esforzado por domesticar a las mujeres han tratado de debilitar sus cuerpos y entorpecer sus mentes, mediante argumentos dictados por un apetito grosero que la saciedad ha hecho molesto. Pero aunque con estos métodos siniestros *convenzan* a las mujeres, trabajando sus sentimientos, para que se queden en casa y cumplan las obligaciones de una madre y dueña de familia, debo oponerme con prudencia a las opiniones que llevan a la mujer a la conducta recta, persuadiéndolas de hacer del cumplimiento de deberes tan importantes el objetivo principal de la vida, aunque se insulte a la razón. Además, y apelo a la experiencia, si por descuidar el entendimiento se desligaran de esas tareas domésticas más de lo que podrían hacerlo por objetivos intelectuales más serios, aunque puede observarse que la masa de la humanidad nunca perseguirá vigorosamente un objetivo intelectual¹⁵⁸, se me puede permitir inferir que la razón es absolutamente necesaria para que la mujer sea capaz de cumplir todo deber con propiedad, y debo repetir que sensibilidad no es razón.

Se me vuelve a ocurrir la comparación con los ricos, porque cuando los hombres descuiden las obligaciones de la humanidad, las mujeres seguirán su ejemplo; una corriente común apresura a ambos con rapidez irreflexiva. Riquezas y honores impiden al hombre ampliar su entendimiento y debilitan todas sus fuerzas al invertir el orden de la naturaleza, que nunca ha hecho cierto que el placer sea la recompensa del trabajo. El placer —el que debilita— está, asimismo, al alcance de las mujeres sin esforzarse. Pero si las posesiones hereditarias están ampliamente extendidas, ¿cómo podemos esperar que los hombres se enorgullezcan de la virtud? Y mientras sea así, las mujeres los gobernarán por los medios más directos, descuidando los aburridos deberes domésticos para atrapar el placer que se mece ligero en alas del tiempo.

Cierto autor dice: «El poder de la mujer es su sensibilidad», y los hombres, sin darse cuenta de las consecuencias, hacen todo lo que pueden para que este poder devore cualquier otro¹⁵⁹. Aquellos que emplean su sensibilidad continuamente la aumentarán, por ejemplo, los poetas, pintores

y compositores¹⁶⁰. Y cuando la sensibilidad se aumenta así a expensas de la razón e incluso de la imaginación, ¿por qué los filósofos se quejan de su veleidad? La atención sexual del hombre actúa de modo particular sobre la sensibilidad femenina, y este sentimiento se ha ejercitado desde su juventud en adelante. Un marido no puede prestarle ya atención con la pasión necesaria para excitar vivas emociones y el corazón, acostumbrado a ellas, se vuelve hacia un nuevo amante o languidece en secreto, víctima de la virtud o la prudencia. Hablo de cuando el corazón se ha vuelto realmente susceptible y se ha formado el gusto; porque me siento inclinada a concluir, por lo que he observado en la vida elegante, que el modo de educación fomenta más a menudo la vanidad que la sensibilidad y el trato entre los sexos que he reprobado; y que la coquetería procede con mayor frecuencia de la vanidad que de esa inconstancia que la sensibilidad sobredimensionada produce de modo natural.

Otro argumento que ha tenido gran peso para mí creo que posee cierta fuerza para todo corazón considerado y benevolente. Los padres de las niñas educadas en la debilidad a menudo las dejan sin bien alguno y, por supuesto, tienen que depender no solo de la razón, sino de la liberalidad de sus hermanos. Estos son unas buenas personas, para considerar el aspecto mejor del asunto, y les otorgan como un favor algo a lo que los hijos de unos mismos padres tendrían un derecho igual. En esta situación equívoca y humillante, una mujer dócil puede permanecer cierto tiempo con un grado tolerable de bienestar. Pero cuando el hermano se casa —circunstancia probable—, pasa de señora de la casa a ser considerada con aviesas miradas una intrusa, una carga innecesaria sobre la benevolencia del dueño de la casa y su nueva compañera.

¿Quién puede hacer el recuento de calamidades que sufren en tales situaciones muchos seres infortunados, cuyas mentes y cuerpos son débiles por igual, incapaces de trabajar y avergonzados de pedir? La esposa, una mujer de corazón frío y mente estrecha —lo cual no es una suposición injusta, ya que el actual modo de educación no tiende a ensanchar el corazón, si no lo hace con el entendimiento—, está celosa de las pequeñas atenciones que su marido muestra hacia sus familiares; y como su

sensibilidad no alcanza a la humanidad, le disgusta ver que la propiedad de sus hijos se derrocha en una hermana desvalida.

Todos ellos son hechos reales que he contemplado una y otra vez. La consecuencia es obvia. La mujer ha recurrido a la astucia para socavar el afecto habitual que tiene miedo de enfrentar abiertamente; y no ahorra lágrimas ni caricias hasta que la espía deja su casa y es arrojada al mundo, sin estar preparada para sus dificultades; o se la envía, como un gran esfuerzo de generosidad o por considerarla como una propiedad, a la soledad sin dicha con un pequeño estipendio.

Estas dos mujeres estarían muy a la par respecto a razón y humanidad y en situaciones cambiadas podrían haber representado el mismo papel egoísta; pero si hubieran sido educadas de modo diferente, también el caso habría sido distinto. La esposa no habría tenido esa sensibilidad en la que ella misma es el centro y la razón le habría enseñado a no esperar el afecto de su esposo, e incluso a no sentirse halagada por él, si ello le lleva a violar deberes anteriores. Querría amarlo no solo porque él la ama, sino por sus virtudes; y la hermana habría sido capaz de luchar por sí misma en lugar de comer el pan amargo de la dependencia.

Estoy completamente persuadida de que el corazón, lo mismo que el entendimiento, se abre mediante su cultivo y al fortalecer los órganos, lo cual puede no parecer tan evidente. No hablo de destellos momentáneos de sensibilidad, sino de afectos. Y quizás, en la educación de ambos sexos, la tarea más difícil sea ajustar la instrucción de tal modo que no estreche el entendimiento, mientras el corazón se calienta con los jugos generosos de la primavera, excitados por la fermentación de la estación, ni seque los sentimientos al emplear la mente en investigaciones alejadas de la vida.

Respecto a las mujeres, cuando reciben una educación cuidadosa, se las hace señoras elegantes, pletóricas de sensibilidad y prolíficas en fantasías caprichosas, o meras mujeres notables. Las últimas a menudo son criaturas honestas y amigables, y poseen una especie de buen juicio despierto, unido a una prudencia mundana, que las hace miembros más útiles de la sociedad que las señoras elegantes y sentimentales, aunque no posean grandeza de mente o gusto. Tienen cerrado el mundo intelectual. Si se las saca de su familia o vecindario permanecen inactivas, al no encontrar empleo su

mente, ya que la literatura proporciona un acopio de diversión que nunca han buscado disfrutar, sino que han despreciado con frecuencia. Los sentimientos y el gusto de la mayoría de las mentes cultivadas parecen ridículos, incluso para aquellos a los que el azar o los lazos familiares les han llevado a amarlas; y los que solo son conocidos piensan que todo es afectación.

Un hombre de juicio solo puede amar a una mujer de ese tipo por su sexo y respetarla porque es una sirviente de confianza. Le permite, para preservar su propia paz, que reprenda a los criados y que vaya a la iglesia con vestidos de la mayor calidad. Un hombre con un entendimiento del mismo tamaño que el suyo probablemente no se llevaría tan bien con ella, porque querría inmiscuirse en sus prerrogativas y organizar algunos asuntos domésticos él mismo; además, las mujeres cuyas mentes no se han ampliado mediante el cultivo o han cambiado el egoísmo natural de la sensibilidad mediante la reflexión resultan muy poco apropiadas para llevar una familia, porque siempre tiranizan, debido al alcance inmoderado de su poder, para sostener una superioridad que descansa únicamente en la distinción arbitraria de la fortuna. A veces el mal es más serio: se priva a los siervos de indulgencias inocentes y se los hace trabajar más allá de sus fuerzas para que la mujer notable mantenga una mesa mejor y brille más que sus vecinos por sus galas y boato. Si se ocupa de sus hijos, en general es para vestirlos de modo costoso, y esta atención, provenga de la vanidad o del cariño, es igualmente perniciosa.

Además, la mayoría de las mujeres de este tipo pasan los días, o al menos las tardes, con ánimo descontento. Sus maridos reconocen que son organizadas y castas, pero dejan el hogar para buscar una compañía más agradable y —permítaseme usar una significativa palabra francesa— *piquant*; y a la esclava paciente, que cumple su tarea como el caballo ciego del molino, se la defrauda en la recompensa justa, ya que lo que se le debe son las caricias de su marido. Las mujeres que cuentan con tan pocos recursos en su interior no soportan con mucha paciencia esta privación de un derecho natural.

A una mujer elegante, por el contrario, se le ha enseñado a observar con desdén las actividades vulgares de la vida, aunque solo se le ha incitado a

adquirir dotes que sobrepasan un grado el sentimiento, porque ni siquiera las dotes corporales pueden adquirirse con cierta precisión si el entendimiento no se ha fortalecido mediante el ejercicio. El gusto resulta superficial si no se fundamenta en los principios; la gracia debe surgir de algo más profundo que la imitación. Sin embargo, se calienta la imaginación y los pensamientos se vuelven molestos, si no complicados, o no se adquiere un contrapeso del juicio cuando el corazón sigue toscos, aunque se vuelva demasiado tierno.

Con frecuencia estas mujeres son amigables y sus corazones realmente más sensibles para la benevolencia general, más llenos de sentimientos de la vida civilizada, que la honrada esclava de su familia; pero al carecer de la debida proporción de reflexión y autogobierno, solo inspiran amor y son las dueñas de sus esposos mientras dura su afecto, y las amigas platónicas de sus conocidos masculinos. Estos son los bellos defectos de la Naturaleza: las mujeres que parecen ser creadas no para disfrutar la camaradería del hombre, sino para salvarlo de hundirse en la brutalidad absoluta, alisando los ángulos toscos de su carácter, y para dar cierta dignidad al apetito que lo arrastra a ellas mediante coqueteos festivos. Benigno Creador de toda la raza humana, ¿has creado a un ser como la mujer, que puede descubrir tu sabiduría en tus obras y sentir que solo tú eres exaltado sobre ella por la naturaleza, sin un propósito mejor? ¿Puede creer que solo se la creó para someterse al hombre, su igual, un ser que, como ella, fue enviado al mundo para adquirir virtud? ¿Puede consentir que se la ocupe solo en complacerlo, simplemente para adornar la tierra, cuando su alma es capaz de alzarse a ti? ¿Y puede permanecer en dependencia absoluta de la razón del hombre, cuando debe subir con él los arduos escalones del conocimiento?

Sin embargo, si el amor es el bien supremo, edúquese a la mujer solo para inspirarlo y púlase todo encanto para embriagar los sentidos; pero si son seres morales, déseles oportunidad de volverse inteligentes y que el amor al hombre sea solo una parte de la llama brillante del amor universal que, tras circundar la humanidad, sube hasta Dios en incienso agradecido.

Se necesita mucha resolución para cumplir con los deberes domésticos y una seria perseverancia que requiere un sostén más firme que las emociones, por muy verdadera y viva que sea su naturaleza. Para dar un

ejemplo de orden, el alma de la virtud, debe adoptarse cierta austeridad de conducta, que raramente puede esperarse de un ser a quien, desde su infancia, se le ha hecho la veleta de sus propias sensaciones. Cualquiera que quiera ser de utilidad racional debe tener un plan de conducta; y para cumplir la obligación más simple a menudo nos vemos obligados a actuar en contra del impulso de ternura o compasión que sentimos. Con frecuencia la severidad es la prueba más cierta y más sublime de afecto; y la falta de esta fuerza sobre los sentimientos y de ese cariño digno y elevado que hace a una persona preferir el bien futuro del objeto amado a una satisfacción presente es la razón por la que tantas madres afectuosas malcrian a sus hijos y se cuestiona qué es más perniciosa, la negligencia o la indulgencia; yo me siento inclinada a pensar que la última ha hecho más daño.

La humanidad parece estar de acuerdo con que los hijos deben dejarse al cuidado de las mujeres durante su infancia. Por todas las observaciones que he podido hacer, las mujeres de sensibilidad son las menos apropiadas para esta tarea, porque se dejarán llevar indefectiblemente por sus sentimientos y echarán a perder el carácter del niño. La primera y más importante rama de la educación es la dirección del carácter y requiere la mirada sensata y estable de la razón; un plan de conducta equidistante de la tiranía y la indulgencia. Sin embargo, estos son los extremos en los que cae de forma alternativa la gente sensible, siempre pasándose de la raya. He seguido esta línea de razonamiento mucho más, hasta que he llegado a la conclusión de que una persona de genio es la más impropia para ocuparse de la educación, sea pública o privada. Las mentes de esta rara especie ven las cosas demasiado a bullo y rara vez tienen buen carácter. Esa alegría habitual, llamada buen humor, quizás es tan raro hallarla unida a grandes poderes mentales como a sentimientos fuertes. Y la gente que sigue con interés y admiración los vuelos del genio o que absorbe con menor aprobación la instrucción que el pensador profundo ha preparado cuidadosamente para ellos no debe disgustarse si encuentra al primero colérico y al último taciturno, ya que una imaginación viva y una mente amplia y tenaz son raramente compatibles con esa urbanidad flexible que lleva al hombre cuando menos a doblegarse a las opiniones y prejuicios de los demás, en lugar de oponerse a ellos con rudeza.

Pero al tratar de la educación o de los modales, las mentes de clase superior no deben tenerse en consideración, sino dejarse a su suerte. Quien reclama instrucción y capta el color de la atmósfera que respira es la masa de facultades moderadas. Creo que no se debe intensificar las sensaciones de este respetable concurso de hombres y mujeres en el semillero de la indolencia y el lujo a expensas de sus entendimientos, porque a menos que cuenten con una madurez mental, nunca conseguirán ser libres ni virtuosos: la aristocracia fundada en la propiedad o en valores verdaderos siempre arrastrará ante sí a los esclavos del sentimiento, unas veces tímidos y otras feroces.

Si consideramos el tema de otro modo, son innumerables los argumentos aducidos con visos de razón, al suponerse que se deducen de la naturaleza, que han utilizado los hombres moral y físicamente para degradar nuestro sexo. Señalaré unos cuantos.

A menudo se ha hablado del entendimiento femenino con desprecio porque llega antes a la madurez que el masculino. No replicaré a esto aludiendo a las tempranas pruebas de razón y de genio que se hallan en Cowley, Milton y Pope¹⁶¹, sino que solo apelaré a la experiencia para decidir si un joven al que se pone en compañía en edad temprana (y abundan los ejemplos ahora) no adquiere la misma precocidad¹⁶². Este hecho es tan notorio que su sola mención debe hacer presente a todo tipo de gente mezclada en el mundo la idea de varios fanfarrones remedadores de hombres, cuyos entendimientos se han comprimido al introducirse en la compañía de los hombres cuando debían estar bailando una peonza o jugando con el aro.

También han afirmado algunos naturalistas que los hombres no alcanzan su pleno crecimiento y fortaleza hasta los treinta años, pero que las mujeres llegan a la madurez antes de los veinte. Sospecho que razonan sobre una base falsa, equivocados por el prejuicio masculino que juzga la belleza la perfección de la mujer, simple belleza de rasgos y complejión, según la acepción vulgar de la palabra, mientras que sostienen que la belleza masculina tiene cierta conexión con la mente. Las mujeres no adquieren antes de los treinta, al igual que los hombres, la fortaleza corporal y ese carácter de semblante que los franceses denominan *physionomie*. Es cierto

que las pequeñas artimañas sin afectación de los niños resultan particularmente placenteras y atractivas, pero cuando se agota la frescura de la juventud, estas gracias inocentes se vuelven ademanes estudiados y resultan desagradables para toda persona de gusto. En el semblante de las niñas solo buscamos vivacidad y tímida modestia; pero cuando ha pasado la marea viva de la vida, buscamos en el rostro un sentido más sobrio y huellas de pasión, en vez de los hoyuelos de los espíritus animales, esperando observar individualidad de carácter, el único sostén de los afectos¹⁶³. Entonces deseamos conversar y no acariciar; dar oportunidad a nuestras imaginaciones tanto como a los sentimientos de nuestros corazones.

A los veinte años, la belleza es igual en ambos sexos; pero el libertinaje de los hombres los lleva a establecer la distinción, que por lo común sostienen también las coquetas pasadas de edad, porque cuando ya no pueden inspirar amor, pagan por el vigor y la vivacidad de la juventud. Los franceses, que dan mayor importancia a la mente en sus nociones de belleza, dan preferencia a las mujeres de treinta años. Quiero decir que reconocen que las mujeres se encuentran en su estado más perfecto cuando la vivacidad cede el lugar a la razón y a esa majestuosa seriedad de carácter que marca la madurez o el punto de reposo. Durante la juventud, hasta los veinte años, el cuerpo se dispara; hasta los treinta, lo sólido va obteniendo un grado de densidad. Y los músculos flexibles, al hacerse cada día más rígidos, dan carácter al semblante, es decir, trazan las operaciones de la mente con la pluma férrea del destino y nos dicen no solo qué poderes hay dentro, sino cómo se han empleado.

Resulta pertinente observar que los animales que llegan a la madurez con lentitud son los que más viven y los de las especies más nobles. Sin embargo, los hombres no pueden reclamar una superioridad natural por la magnificencia de la longevidad, pues a este respecto la naturaleza no ha establecido ninguna distinción entre hombres y mujeres.

La poligamia constituye otra degradación física. Se extrae un argumento verosímil para una costumbre que destruye toda virtud doméstica del hecho bien comprobado de que en los países donde se halla establecida nacen más mujeres que hombres. Esto parece ser una indicación de la naturaleza, a la

que deben rendirse especulaciones más razonables en apariencia. Resulta obvia una conclusión más: si la poligamia es necesaria, las mujeres deben ser inferiores al hombre y estar hechas para él.

Somos muy ignorantes respecto a la formación del feto en el útero, pero me parece probable que una causa física accidental pueda contar en este fenómeno y probar que no es una ley de la naturaleza. Me he encontrado con algunas observaciones pertinentes sobre el tema en *Account of the Isles of the South Sea* de Forster, que explicarán lo que quiero decir¹⁶⁴. Tras observar entre los animales que de los dos性os siempre prevalece el de constitución más vigorosa y fuerte, y produce a los de su mismo género, añade:

Si esto se aplica a los habitantes de África, es evidente que allí los hombres, acostumbrados a la poligamia, se hallan debilitados por el uso de tantas mujeres y por ello son menos vigorosos; las mujeres, por el contrario, tienen una constitución más fuerte, no solo debido a sus nervios más irritables, su organización más sensata y su imaginación más viva, sino porque se encuentran privadas en su matrimonio de esa porción de amor físico que en una condición monogámica les correspondería. Así, por las razones citadas, la mayoría de los hijos que nacen son niñas.

En la mayor parte de Europa, las listas más precisas de mortalidad han probado que la proporción de hombres y mujeres es casi igual o, en caso de que haya alguna diferencia, son más numerosos los hombres, en una proporción de 105 a 100.

Así pues, no aparece necesidad alguna para la poligamia. No obstante, cuando un hombre seduce a una mujer, creo que debería denominarse matrimonio *de la mano izquierda* y debería obligarse al hombre *por ley* a mantener a la mujer y sus hijos, a menos que el adulterio, un divorcio natural, deje sin efecto la ley. Y esta tendría que estar en vigor mientras la debilidad de la mujer haga que la palabra seducción se use como excusa de su flaqueza y ausencia de principios; y aún más, mientras dependa del hombre para la subsistencia, en lugar de ganarla mediante la utilización de sus propias manos o cabeza. Pero a estas mujeres no debería llamárselas esposas en el significado pleno de la relación, o se subvertiría el auténtico propósito del matrimonio, y toda esa atractiva comprensión que surge de la fidelidad personal y da santidad al vínculo, cuando ni el amor ni la amistad une los corazones, se convertiría en egoísmo. La mujer que permanece fiel al padre de sus hijos exige respeto y no debe ser tratada como una

prostituta; aunque concedo de buena gana que si es necesario que el hombre y la mujer vivan juntos para criar a sus hijos, la naturaleza nunca pretendió que un hombre tuviera más de una esposa.

A pesar del alto respeto que otorgo al matrimonio como cimiento de casi todas las virtudes sociales, no puedo evitar sentir la compasión más viva por aquellas mujeres desafortunadas a las que se separa de la sociedad y por un error pierden todos los afectos y relaciones que perfeccionan el corazón y la mente. Con frecuencia ni siquiera merece el nombre de error, porque muchas niñas inocentes se vuelven víctimas de un corazón sincero y afectuoso, y se hallan *arruinadas* —así puede denominarse de forma enfática— antes de que conozcan la diferencia entre la virtud y el vicio. Así, preparadas por su educación para la infamia, se vuelven infames. Asilos y casas de recogida no son remedios apropiados para estos abusos. ¡El mundo necesita justicia y no caridad!

Una mujer que ha perdido su honor se imagina que no puede caer más bajo y que es imposible recuperar su posición anterior; nada que haga puede limpiar esa mancha. Así, perdido todo estímulo y no teniendo otro medio de sustento, la prostitución se vuelve su único refugio y el carácter se deprava poco a poco por circunstancias sobre las que la pobre infeliz tiene poco poder, a menos que cuente con una proporción poco común de juicio y grandeza de espíritu. La necesidad nunca hace que la prostitución se convierta en el medio de vida de los hombres, aunque son innumerables las mujeres que caen así en el vicio de forma sistemática. No obstante, esto se debe en buena parte al estado de indolencia en el que se educa a las mujeres, a las que siempre se enseña a buscar un hombre que las mantenga y a considerar sus personas la recompensa adecuada por sus esfuerzos para mantenerlas. Los ademanes engañosos y toda la ciencia del capricho tienen, entonces, un estímulo más poderoso que el apetito o la vanidad. Esta observación proporciona fuerza a la opinión prevaleciente de que con la castidad se pierde todo lo que es respetable en las mujeres. Su carácter depende de la observancia de una virtud, aunque la única pasión que alienta en su corazón es el amor. Más aún, no se hace depender el honor de una mujer ni siquiera de su voluntad.

Cuando Richardson¹⁶⁵ hace que Clarissa diga a Lovelace que le ha robado su honor, debe haber tenido una extraña noción del honor y la virtud, ya que miserable más allá de todos los nombres de la miseria es la condición de un ser que pueda ser degradado sin su consentimiento propio¹⁶⁶. He oído reivindicar este exceso de rigor como un error saludable. Replicaré con las palabras de Leibniz: «Los errores resultan de utilidad con frecuencia, pero por lo común para remediar otros errores»¹⁶⁷.

La mayoría de los males de la vida surgen del deseo sin límites de disfrutar del momento presente. La obediencia requerida a las mujeres en el estado de matrimonio cae dentro de esta descripción; la mente, debilitada de forma natural al depender de la autoridad, nunca ejercita sus poderes propios y, de este modo, la esposa obediente se vuelve una madre débil e indolente. O, suponiendo que no se siga siempre esto, es difícil que se tenga en cuenta un estado de existencia futuro cuando solo se cultivan virtudes negativas. Porque, al tratar de la moral, de modo particular cuando se alude a las mujeres, los escritores han considerado con demasiada frecuencia la virtud en un sentido muy limitado y la han fundamentado *simplemente* en su utilidad mundana; más aún, se ha dado una base todavía más frágil a esta asombrosa construcción y se han tomado los sentimientos del hombre, fluctuantes y caprichosos, como parámetros de la virtud. Sí, la virtud, al igual que la religión, se ha sometido a las decisiones del gusto.

Observar con qué diligencia los hombres degradan el sexo del que pretenden recibir el mayor placer de la vida provocaría al menos una sonrisa de desprecio, si sus despropósitos vanos no nos golpearan por todas partes. Con frecuencia les he devuelto el sarcasmo de Pope con plena convicción o, para hablar más explícitamente, me ha parecido aplicable al conjunto de la raza humana. El amor al placer o al dominio parece dividir a la humanidad y el marido que manda como un déspota en su pequeño harén piensa solo en su placer o su conveniencia. Realmente, el amor inmoderado al placer arrastra hasta tal punto a algunos hombres prudentes o libertinos agotados —que se casan para tener una compañera de lecho sin peligro—, que seducen a sus propias esposas. El himen destierra la modestia y el amor casto se da a la fuga.

El amor, considerado como un apetito animal, no puede alimentarse a sí mismo por mucho tiempo sin expirar. Y esta extinción en su propia llama podría denominarse su muerte violenta. Pero la esposa, a la que se ha vuelto licenciosa, probablemente se esforzará por llenar el vacío dejado por la pérdida de las atenciones de su marido, ya que no puede convertirse con gusto en una simple sirviente de categoría tras haber sido tratada como una diosa. Todavía es atractiva y, en lugar de traspasar su inclinación a sus hijos, solo sueña con disfrutar la luz de la vida. Además, hay muchos maridos tan faltos de sentido y afecto paternal que, durante la primera efervescencia del cariño voluptuoso, se niegan a dejar que sus esposas amamanten a sus hijos. Solo tienen que vestirse y vivir para agradarles y el amor, incluso el más inocente, pronto se hunde en la lascivia cuando el ejercicio de un deber se sacrifica a su satisfacción.

El apego personal es una base muy buena para la amistad; no obstante, hasta cuando se casan dos jóvenes virtuosos, quizás fuera bueno que ciertas circunstancias refrenaran su pasión; que el recuerdo de algún cariño anterior o un afecto no correspondido hiciera por un lado al menos que la pareja se fundamentara en la estima. En ese caso mirarían más allá del momento presente y tratarían de hacer toda su vida respetable al establecer un plan para regular una amistad que solo la muerte debe disolver.

La amistad es un afecto serio; el más sublime de todos porque se basa en los principios y se consolida con el tiempo. Justamente lo contrario puede decirse del amor. En un alto grado, el amor y la amistad no pueden subsistir en el mismo pecho; aun cuando estén inspirados por objetos diferentes, se debilitan o destruyen mutuamente y por el mismo objeto solo pueden sentirse de modo sucesivo. Los temores vanos y los celos de cariño, los vientos que atizan la llama del amor cuando se templa juiciosa o astutamente, son incompatibles con la tierna confidencia o el respeto sincero de la amistad.

El amor, tal como ha sido descrito por la pluma brillante del genio, no existe en la tierra, o solo reside en aquellas imaginaciones exaltadas y ardientes que han esbozado esos cuadros peligrosos. Peligrosos porque no solo aportan una excusa verosímil para el voluptuoso que disfraza la pura sensualidad bajo un velo sentimental, sino que esparcen afectación y

disminuyen la dignidad de la virtud. Esta, como implica la misma palabra, debe tener apariencia de seriedad, cuando no de austeridad; y esforzarse por ataviarla con las ropas del placer, porque se ha usado el epíteto como otro nombre para la belleza, es exaltarla sobre arenas movedizas; un intento más insidioso de acelerar su caída mediante un respeto aparente. De hecho, virtud y placer no son aliados cercanos en esta vida, como ciertos escritores elocuentes se han esforzado en probar. El placer prepara la corona que se marchita y mezcla la copa embriagadora; pero el fruto que da la virtud es la recompensa a la fatiga y solo aporta satisfacción serena, que se ve de modo gradual según madura; más aún, raramente se observa, aunque parece ser el resultado de la tendencia natural de las cosas. El pan, alimento común de la vida del que se piensa poco que es una bendición, sostiene la constitución y preserva la salud; sin embargo, los festines deleitan el corazón del hombre, aunque la enfermedad e incluso la muerte acechan en la copa o el bocado que eleva los espíritus o deleita el paladar. Asimismo, la imaginación viva y acalorada, por aplicar la comparación, dibuja el cuadro del amor, como cualquier otro, con los colores brillantes que la mano atrevida robaría del arco iris, dirigida por una mente, condenada en un mundo como este a probar su noble origen por su anhelo de la perfección inalcanzable, siempre persiguiendo lo que reconoce que es un sueño fugaz. Una imaginación de esta clase vigorosa puede dar existencia a formas insustanciales y estabilidad a las ensoñaciones indefinidas en las que la mente cae de forma natural cuando encuentra insípida la realidad. Entonces se puede representar el amor con encantos celestiales y adorar al gran objeto ideal, se puede imaginar un grado de afecto mutuo que purificará el alma y no expirará cuando se haya utilizado como una «escala a lo divino» y, como la devoción, hacerle absorber todo afecto y deseo inferior. En los brazos el uno del otro, como en un templo con su cima perdida en las nubes, tiene que negarse la entrada al mundo y a todo pensamiento o deseo que no nutra el afecto puro y la virtud permanente. ¡Ay, la virtud permanente! Rousseau, respetable visionario, tu paraíso pronto será violado por la entrada de un huésped inesperado. Como el de Milton, solo contendría ángeles o los hombres se hundirían por debajo de la dignidad de criaturas racionales. La felicidad no es algo material, no puede verse o sentirse. No obstante, la

ávida búsqueda del bien que cada uno modela según su propia imaginación proclama al hombre dueño de este mundo inferior y criatura inteligente que no está para recibir la felicidad, sino para adquirirla. Así pues, los que se quejan del engaño de la pasión no recuerdan que lo hacen contra una prueba poderosa de la inmortalidad del alma.

Pero dejando a las mentes superiores que se corrijan a sí mismas y paguen cara su experiencia, es necesario observar que, mediante la ejercitación del entendimiento, no quiero guardar el corazón de las mujeres de las pasiones fuertes y perseverantes, sino de los sentimientos románticos y vacilantes, porque estas ensoñaciones paradisiacas son con mayor frecuencia el efecto de la indolencia que el de una viva imaginación.

Rara vez las mujeres se esfuerzan de forma seria y suficiente por silenciar sus sentimientos; se vuelven con naturalidad meros objetos de las sensaciones al estar rodeadas de pequeñas preocupaciones y empresas vanas que disipan toda fortaleza mental y orgánica. En pocas palabras, el tenor de la educación femenina (la educación de la sociedad) tiende a volver a las mejor dispuestas románticas e inconstantes y a las restantes vanas y despreciables. En el estado presente de la sociedad, me temo que apenas puede remediararse este mal en el grado más insignificante; si alguna vez ganara terreno una ambición más laudable, se las podría acercar a la naturaleza y la razón y se volverían más virtuosas y útiles según aumentara su respetabilidad.

Pero me aventuraré a afirmar que su razón nunca adquirirá la fortaleza suficiente que las permita regular su conducta, mientras el primer deseo de la mayoría de la humanidad sea dejarse ver en el mundo. A este pobre deseo se sacrifican los afectos naturales y las virtudes de mayor utilidad. Las jóvenes se casan simplemente para *mejorar*, por tomar prestada una expresión vulgar muy significativa, y tienen un poder tan perfecto sobre sus corazones que no se permiten *enamorarse* hasta que se les presenta un hombre con una fortuna superior. Me alargaré sobre este tema en un capítulo futuro; de momento, solo es necesario aludir a él ya que esas mujeres se degradan con mucha frecuencia al soportar la prudencia interesada de la edad para enfriar el ardor de la juventud.

De la misma fuente fluye la opinión de que las jóvenes deben dedicar gran parte de su tiempo a labores de aguja; sin embargo, esta tarea contrae sus facultades más que cualquier otra que pudiera haberse escogido para ellas al confinar sus pensamientos en sus personas. Los hombres mandan hacer su ropa y han terminado con el asunto; las mujeres hacen su propia ropa, sea necesaria o de gala, y continuamente hablan sobre ella: sus pensamientos siguen sus manos. Realmente no es la confección del ajuar necesario lo que debilita la mente, sino la de los trajes emperifollados. Porque cuando una mujer de baja escala social hace la ropa de su marido y sus hijos, cumple con su obligación, es su parte de las tareas familiares; pero cuando una mujer trabaja solo para vestir mejor de lo que podría permitirse si no lo hiciera, es peor que la simple pérdida de tiempo. Para que las pobres se vuelvan virtuosas, debe dárseles un empleo, y las mujeres de clase media, si no copiaran la moda de la nobleza sin disfrutar de su desahogo, podrían emplearlas, mientras ellas se ocupan de sus familias, instruyen a sus hijos y ejercitan sus propias mentes. La jardinería, la filosofía experimental y la literatura les proporcionarían temas para pensar y materia de conversación que ejercitarían su entendimiento en cierto grado. La conversación de las mujeres francesas, que no están tan rígidamente clavadas a sus sillas trenzando o anudando cintas, es con frecuencia superficial, pero afirmo que no es ni la mitad de insípida que la de las mujeres inglesas que pasan el tiempo haciendo capas, cofias y todo tipo de complementos, por no mencionar las compras, la búsqueda de gangas, etc.; y quienes resultan más degradadas por estas prácticas son las mujeres decentes y prudentes, ya que su motivo es la simple vanidad. Las mujeres licenciosas que ejercitan su gusto para hacer atractiva su pasión tienen algo más en perspectiva. Todas estas observaciones son digresiones de una general que ya he presentado antes y en la que no se puede insistir con mucha frecuencia, porque al hablar de los hombres, las mujeres o las profesiones, se hallará que el empleo de los pensamientos moldea el carácter tanto general como individualmente. Los de las mujeres siempre giran en torno a sus personas, ¿y es sorprendente que las estimen como lo más valioso? Además, se necesita cierto grado de libertad mental incluso para formar a la persona, y esta puede ser una razón por la que algunas

esposas amables tienen tan pocos atractivos aparte de los del sexo. Añadido a esto, las tareas sedentarias hacen enfermizas a la mayoría de las mujeres y una falsa noción de la excelencia femenina las hace sentirse orgullosas de su delicadeza, aunque son otros grilletes que, al llamar la atención continuamente sobre el cuerpo, estorban la actividad mental.

Las mujeres de calidad rara vez se ocupan de la parte manual de su indumentaria, con lo cual solo se ejercita su gusto y adquieren, al pensar menos en los aderezos cuando termina la tarea de su aseo, esa naturalidad que rara vez aparece en el porte de las mujeres que se visten solo por el gusto de hacerlo. De hecho, la observación sobre la clase media, en la que los talentos se desarrollan mejor, no se extiende a las mujeres; porque las de clase superior, al hacerse al menos con nociones superficiales de literatura y conversar más con los hombres sobre temas generales, adquieren más conocimiento que las mujeres que copian sus modas y defectos sin compartir sus ventajas. Respecto a la virtud, por utilizar el término de modo amplio, la he visto más en las capas más bajas de la vida. Muchas mujeres pobres sustentan a sus hijos con el sudor de su frente y mantienen juntas familias que los vicios de los padres habrían dispersado; pero las mujeres nobles son demasiado indolentes para practicar la virtud y la civilización las ablenda en lugar de purificarlas. Realmente, el buen sentido que he encontrado entre las mujeres pobres que han obtenido pocas ventajas de educación y aun así han actuado heroicamente me confirma en la opinión de que las tareas triviales han vuelto a la mujer una fruslería. El hombre toma su cuerpo¹⁶⁸ y deja que la mente se oxide; así, mientras el amor físico excite al hombre y sea su recreo favorito, se esforzará por esclavizar a la mujer, ¿y quién puede decir cuántas generaciones serán necesarias para dar vigor a la virtud y los talentos de las descendientes liberadas de unas esclavas abyectas?¹⁶⁹.

Al trazar las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he limitado mis observaciones a las que actúan de modo universal sobre la moral y los modales de todo el sexo y me parece claro que todas ellas surgen de la carencia de entendimiento. Si ello se debe a una debilidad física o accidental, solo el tiempo puede determinarlo. No pondré gran énfasis en el ejemplo de unas cuantas mujeres¹⁷⁰ que han adquirido valentía

y resolución al haber recibido una educación masculina; solo afirmo que los hombres colocados en situaciones similares han adquirido un carácter semejante —hablo de cuerpos masculinos— y que los de genio y talento han sobresalido en una clase en la que hasta ahora nunca se ha colocado a las mujeres.

[144](#) En qué inconsistencias caen los hombres cuando no razonan siguiendo los principios. Comparan a las mujeres, las débiles mujeres, con ángeles; ¿y puede suponerse que un orden superior de seres posean menos intelecto que el hombre?, ¿o en qué consiste su superioridad? En el mismo estilo, para seguir la burla, se admite que poseen mayor bondad de corazón, piedad y benevolencia. Dudo de ello, aunque se manifieste cortésmente, a menos que se admita que la ignorancia es la madre de la devoción, porque estoy firmemente convencida de que, por término medio, la proporción entre virtud y conocimiento se encuentra más a la par de lo que se suele afirmar.

[145](#) Lord Monboddo dice: «Los brutos permanecen en el estado en que los ha colocado la naturaleza, excepto por el perfeccionamiento de su instinto natural debido al cultivo que *les damos*».

[146](#) Véase Milton.

[147](#) Esta no es la palabra más apropiada, pero no puedo hallar otra mejor.

[148](#) «El placer es la dote de clase *inferior*. Pero gloria, virtud y cielo están destinados para el hombre».

Tras escribir estas líneas, ¿cómo pudo la señora Barbauld establecer la siguiente comparación innoble?

A UNA DAMA CON FLORES PINTADA

Flores para la bella: traigo estas flores para ti
Porfiando en saludarte con una temprana primavera.
Flores, dulces y alegres, *tan* delicadas como tú;
También emblemas de inocencia y belleza.
Con flores se sujetaban el pelo rubio las Gracias
Y coronas de flores lucen los amantes consentidos;
Flores, el único lujo que conoció la Naturaleza,
Crecían en el jardín del Edén, puro y sin culpa.
Las tareas más arduas se asignan a las formas más altas;
El roble protector resiste los vientos tormentosos,
El tejo más robusto repele a los enemigos invasores,
El alto pino crece para futuras flotas;
Pero esta dulce familia, que desconoce las preocupaciones,
Nació solo para el placer y el deleite.
Alegres sin fatiga y amables sin artes,
Brotan para animar los sentidos y alegrar el corazón.

Y no sientas rubor, hermosa mía, por copiarlas;
Tu imperio mejor y más dulce es dar placer.

Así nos hablan los hombres, pero la virtud, dice la razón, debe adquirirse mediante arduos esfuerzos y batallas de provecho con las preocupaciones mundanas.

[149](#) Referencia a la *Investigación sobre los principios de la Moral* (1751), de David Hume. Edición castellana en Madrid, Aguilar, 1968. Véase también, en relación con el tema, *Norma del gusto y otros ensayos*, Valencia, Universidad de Valencia, 1986, y Barcelona, Ed. 62, 1989. Edición de M. Teresa Larrauri. [N. de la Ed.]

[150](#) Versos de Anna Barbauld (1743-1825), escritora habitual de la editorial de J. Johnson y colaboradora de la *Analytical Review*, especialmente en temas de educación. [N. de la Ed.]

[151](#) Y un ingenio, siempre un ingenio, debe añadirse, porque las tonterías vanas de ingeniosos y bellas para obtener la atención y conquistar se encuentran a la par.

[152](#) Adam Smith (1723-1790), *Teoría de los sentimientos morales* (1759), edición castellana en México, Fondo de Cultura Económica, 1979. [N. de la Ed.]

[153](#) Cita, una vez más, del *Paraíso perdido*, de John Milton. [N. de la Ed.]

[154](#) Nueva alusión, en cita libre, a los *Ensayos Morales* II, de A. Pope. [N. de la Ed.]

[155](#) C. Poston considera que se trata de una referencia al conde Mirabeau en el marco del debate sobre la participación popular en la Revolución Francesa, *op. cit.*, pág. 63, n. 2. [N. de la Ed.]

[156](#) Dr. Samuel Johnson (1709-1784), a quien Wollstonecraft conoció durante su etapa en Newington Green; una de las figuras intelectuales más respetadas en la Inglaterra de la época cuyo *Dictionary of the English Language* (1755), del que se toma la referencia, constituyó un hito en su género. [N. de la Ed.]

[157](#) Referencia al *Ensayo VIII* de F. Bacon, «Of Marriage and Single Life». Edición castellana de los *Ensayos*, Barcelona, Orbis, 1985. [N. de la Ed.]

[158](#) La masa de la humanidad es más bien la esclava de sus apetitos que de sus pasiones.

[159](#) Estos hombres derraman sensibilidad en sus composiciones para unir los materiales burdos y, al darles forma con pasión, otorgan al cuerpo inerte un alma; pero, en la imaginación de la mujer, solo el amor concentra estos rayos etéreos.

[160](#) Un lugar común de la época que puede hacer referencia a cualquiera de los autores citados a lo largo del texto. [N. de la Ed.]

[161](#) Podrían añadirse muchos otros nombres.

[162](#) Todos ellos autores muy precoces. El menos familiar para los lectores españoles puede ser Abraham Cowley (1618-1667), figura de transición entre los poetas metafísicos y los «augustan poets» del XVIII. [N. de la Ed.]

163 La fuerza de un afecto suele ser de la misma proporción que el carácter de la especie del objeto querido, perdido en el del individuo.

164 Referencia a uno de los pasajes de *Observations Made During a Voyage Round the World*, de J. R. Forster; uno de los libros de viajes e historia natural sobre los que trabajó Wollstonecraft por encargo de J. Johnson; editado en 1778. [N. de la Ed.]

165 El doctor Young sostiene la misma opinión en sus obras, cuando habla del infortunio que rehúye la luz del día.

166 En el origen de la novelística británica y una de las novelas sentimentales más populares de la época, *Clarissa* de Samuel Richardson. A diferencia de lo que ocurre con la otra conocida novela de Richardson, *Pamela, O la Virtud Recompensada*, no existe edición castellana reciente de *Clarissa, Or, the History of a Young Lady*. En inglés, edición accesible en Penguin Classics, Londres, Viking Penguin, 1986. [N. de la Ed.]

167 Referencia al conjunto de ensayos publicados en 1710 bajo el título de *Teodicea* por G. W. Leibniz (1646-1716) en los que pretende justificar la presencia del mal en el mundo como conciliable con la presencia de la divinidad. En este momento está disponible la edición catalana, *Escríts sobre Teodicea*, Barcelona, Llamp, 1991. En castellano en la recopilación de *Escritos Filosóficos*, Buenos Aires, Charcas, 1982. [N. de la Ed.]

168 «Tomo su cuerpo», dice Ranger.

169 «Suponiendo que las mujeres sean esclavas voluntarias, todo tipo de esclavitud es desfavorable para la felicidad y el perfeccionamiento de la humanidad», *Essays* de Knox.

170 Safo, Eloísa, la señora Macaulay, la emperatriz de Rusia, Madame d'Eon, etc. Ellas y muchas otras más pueden considerarse excepciones, ¿y no son todos los héroes y las heroínas excepciones a las reglas generales? No deseo ver a las mujeres como heroínas ni como animales, sino como criaturas racionales.